

ANTES DE LA CIRUGÍA

Era una mujer hermosa, de esas rubricadas por el mundano cliché: “llena de vida y lo tiene todo por delante”. Frases compactas que traducían la observación primitiva, de toda especie viva: Comestible. “Todo por delante” era por supuesto referido al futuro merecido y “llena” era sujeto apto para el placentero fin del deleite sexual, también primitivo (por supuesto).

La víspera de ser operada, ella misma se consoló afirmando “Todo va a salir bien”. Esas frases en su lacónica expresión y definitivo conformismo me hicieron pensar y recrear la yuxtaposición de dos actos consensuados que podrían tener dos desenlaces posibles: Que el bisturí del doctorado carnicero la abriera, y que todos los órganos que le sacaran, saldrían “bien”.

Pensé que el galeno de la familia, el doctor Torcuato Céspedes, hombre recto, imponderable,

acucioso en todas sus intervenciones; enamorado de Olivia Estéreo desde que cumplió (ella) los quince años, y la llevaron a su consultorio para tratarle un desarreglo hormonal, eminentemente ginecológico (Entonces Torcuato tenía veinticinco y uno salido de la escuela de medicina); y le hizo entonces el tacto más angustioso y escalofriante que jamás había hecho a una paciente; puesto que Torcuato, tartamudo congénito, feo y cegato, desarrolló un síndrome excepcional de timidez y jamás acarició a una mujer como esa tarde que rozó las manos de Olivita. El sentido del tacto para Torcuato tuvo una dimensión Divina a partir de ese instante en que le mostró sus partes buenas la hermosa Olivia, en aquellos tiempos con más llenura de vida y mucho más futuro por delante. Hoy, con una veintena de años menos de llenura y porvenir, Olivia yacía en la cama de operaciones, esperando que la anestesia hiciera su efecto sedante, mientras Torcuato Céspedes, bisturí en mano apuntaba a su corazón (de ella). Olivia sin dormirse aún atisbaba una sonrisa

perversa de Torcuato dentro de la mascarilla, que hacía juego con los ojillos siniestros detrás de los culo e´ botella ensartados en las grandes orejas que se escapaban de su desproporcionada cabeza. Torcuato se impacientaba y la mano empuñando el bisturí comenzaba a dar signos de temblor. Olivia advertía un final terrible y que ella no estaría conciente a la hora de ese desenlace, así que optó por bajar los párpados y adoptar una actitud relajada que simulara un sueño profundo. Torcuato, apenas con la señal de los párpados clavó el bisturí en el centro del corazón de Olivia; hizo un corte longitudinal hasta el bajo vientre y dos cortes transversales a los extremos de la primera y última línea de costillas. Unas cincuenta pinzas acudieron a sostener la piel desgarrada y casi una tonelada de algodón absorbió toda la sangre contenida en el cuerpo de la víctima. Ya seca, Olivia entreabrió los ojos para ver entre el follaje de sus largas pestañas, las travesuras de Torcuato; la voracidad infantil con que sacaba el corazón, esófago,

estómago, páncreas, y los iba poniendo atrás en una mesita, emocionado como si hubiese descubierto un tesoro de chatarras de oro. Cada vez que sacaba una pieza, la movía cerca del oído como sonajera, la miraba alrededor, la besaba con ternura y murmuraba: “esta salió bien”. La mesita ya atiborrada de “todo lo que salía bien”, parecía a las pirámides que armaba Torcuato niño con sus legos. Los riñones eran grandes rocas a la entrada del castillo; el hígado y esófago una alfombra roja hasta la puerta, el vaso una hermosa fuente a un costado, en medio del jardín de rosas rojas y violetas rodeadas de un majestuoso follaje verdoso, ocre y amarillento. El estómago lo colocó en el patio interior como alberca al lado del corazón, según Torcuato en su imaginерía mágica, para que allí jugaran los niños que tendrían cuando se casara con Olivia.

Las lámparas y el plafón comenzaron a vibrar de pronto y Torcuato advirtió que el piso comenzaba a moverse. Un temblor desde las tinieblas de las

placas tectónicas anunciaba el derrumbe inevitable de su castillo. Las luces se apagaron y después de los gritos de impotencia del personal y el sobresaltado despertar a la realidad de Olivia, se escuchó un desalentador comentario de Torcuato: “Todo salió bien... el problema va a ser ahora cómo meterlo”.

Olivia despertaba de la anestesia, con el susto en su expresión, tocando todas sus partes buenas, aún llenas; por delante el futuro estaba intacto, y su corazón comenzaba un concierto desesperado de sístole-diástoles en Re menor.



CONFESIONES DE UNA FRASE DE DESPEDIDA

Se perdió en el sopor del silencio. Las ratas y sus agudos chillidos atropellaban las cañerías que transportaban la sangre nauseabunda; y estallaban los tímpanos del monstruo. Se desplomaron los restos de piel y huesos, al mismo tiempo que un coro enlutado de voces fantasmagóricas salía desesperado a vomitar los últimos esputos de alma, aún apelmazados en las entrañas. Resonaban las flatulencias disparadas por las últimas palabras escritas en la conciencia. ¿Cómo podrían haber convivido en vida la vida de aquel mal viviente desecho humano, los semejantes del escritor de soledades, habitante de la oscuridad más escalofriante de la egolatría vital? Una máscara rodeada de vísceras inútiles había nacido y ni los fuegos de la pasión ni los instintos, jamás la habían desgarrado con la sutileza que lo hizo el mismo el día de su muerte. Un filoso cuchillo construido con el acero de sus

propias palabras, desnudó los asquerosos panfletos acumulados en su corazón: “No amo nada ni nadie más que a mi. Soy la más succulenta e inteligente defecación de la especie. Soy el Dios de mi exclusivo infierno. ¡Soy!” ...

Pero sí, era en realidad. Así desagradable y perverso. A diferencia de los que no tenían idea de su ser y creían vivir. Se imaginaban hasta especies similares y orgánicas, con sentido, con razón, alma, inteligencia y el resto de sinónimos inventados por el verdadero creador de las tinieblas; al punto de creerse contenedores de la verdad impoluta y santificada.

En las penumbras desafiantes de esa verdad, la continencia de la confesión convertía al monstruo en una criatura pensante, capaz de reconocerse así mismo. Y ¡Ay! de aquel mortal cerebro que viva, sin ser capaz de extirpar el tumor de la fe que arrastra, sin saber que esa verdad no existe; y la fe no es más que la muleta vergonzosa de un ser

incapacitado para vivir. Esa pústula, lacerante y pervertida pluma en mano, podía hundir la daga de palabras dulces en la voracidad de las ansiedades femeninas; o incinerar las bondades de una ofrenda de vibraciones afectuosas, venidas de otro ser cautivado por el encanto de la víbora, a sabiendas de que el universo giraría instantes después de la herida, y él estaría en otra circunstancia, tiempo y espacio; adorado por las miserias de sus reflexiones egocéntricas, y el infinito de moléculas sobrevivientes del universo de soledad que lo habitaba.

No era ermitaño su pensamiento, sin embargo; no era la ascendente morada espiral de un gasterópodo, asimétrico recinto a causa del arrollamiento de sus vísceras. Estaba lúcido y confiaba en la palabra de regreso que ella le prodigó en la despedida.

Ella, alegres los senos, festivas sus caderas, contoneos en la mirada, los párpados entrecortando el vacío que los ojos reflejaban; un

manejo de nervios erizando su piel. Un pródigo equipaje balanceando en una mano, y las llaves del auto tintineando impacientes en la otra. El “me voy pero volveré antes del anochecer”, aunque cantarina la voz y temblorosos los labios al pronunciarlo, era evidente despedida para no volver. La tarde ya era ocaso y las sombras se proyectaban porque justo en ese instante era el antes del anochecer. La mentira hacía lodosas las palabras y podía verse el acento del volveré goteando sobre el camino que la conducía a los brazos de su nuevo amante. El me voy si era definitivo y cristalino. El monstruo, tan experto crítico literario, sin embargo fue el más torpe analfabeta ese antes del anochecer, cuando ella decidió liberarse de sus palabras vanas, insidiosas, cargadas de letras inútiles; sus hostiles oraciones de verbos y predicados indecentes, las frases de cortedad criminal como guillotinas, cada vez que inventaba un relato de presentes o pasados. Ella se iba y solo invirtió la frase del clímax: “Me voy y jamás volveré a ver otro

anochece en tus asquerosos textos repetidos de insolencia”, debió decir, si no fuera porque ella era bondadosa y perdonaba todas las infidelidades del editor conspicuo, cuando él era, y no ahora convertido en vulgar escribiente de panfletos.

Escuchó un grito cuando cerraba la portezuela, y sabía que era la interjección del loco dejado en su estercolero de frases chorreando desde la biblioteca. Se había atravesado su pluma en la garganta, por eso ahogaba el ¡Vuelve antes del amanecer maldita! Tarde, muy tarde confesaba su debilidad, a pesar de sus danzas celestiales y sus comuniones con las musas. Tarde se resignaba a que ella llegara, aunque fuera al amanecer; porque antes del anochece era imposible; cuando apenas el auto se ponía en marcha con las luces encendidas, los grillos aturdidos se volvían sordos y el cuerpo rodaba escaleras abajo, con la pluma en la garganta, escupiendo las últimas palabras tintas de sangre; minúsculas todas, sin

exclamaciones, huecas mas bien, hasta llegar a la última contrahuella imprimiendo los últimos puntos suspensivos al final de su obra...



!!!AL FIN!! ...SALÍ DEL CLOSET!!!

Me costó muchos años de indecisiones, consulta sobre todo con amigos y familiares, porque se trataba de algo muy querido en la intimidad. Salir de él había sido un conflicto íntimo de muchos intentos, por razones obvias: no se puede perder algo que nos han infundado desde niños, como valioso; como algo que debemos cuidar por su origen. Pero llegó la hora en que tenía que decidirme, y "nunca es tarde cuando la dicha llega", hasta que alguien tocó a mi puerta, un hombre muy decidido, enamorado realmente de ese objeto que yo guardaba celosamente hacía mucho tiempo, pero que no quería entregar justamente por ese "origen" ancestral que tenía y yo debía cuidar de ser manoseado, maltratado por otros. Ni siquiera había puesto en las redes la más mínima sugerencia o señal de que quería salir de él, aunque casi a diario veía en las carteleras de los diarios y las revistas como hasta felices otros se desprendían, se despojaban....literalmente se desnudaban de esos valores fielmente conservados por las apariencias, aunque sus

padres e incluso esposas tuvieran gran confianza en que nunca se les vería salir del objeto más amado por ellos. Pero este hombre, que se le veía interesado realmente, que me ofrecía además una cantidad razonable si yo accedía a dárselo, dado su valor intrínseco y, aun viejo, era de una calidad total porque estaba muy cuidado. Impecable. Fino. Así que... sin más discusiones, ni esperas, ya obstinado de eso que era para mí un verdadero armatoste, ocupando un espacio en mi vida sin utilidad... Se lo vendí. Salí de él. Era un closet de mi abuelo construido en cedro y caoba con acabados y molduras estilo barroco... Pero salí de él...espero quede en buenas manos y lo sigan cuidando.....



LA DAMA DE LAS BROMELIAS

De ella sólo vi su rostro. Ojos claros, labios sensuales untados con un fogoso carmín. Sabía que sus restos estaban siempre ahí en ese álbum azul celeste, porque aún en las noches yo despertaba con el relampaguear en medio de las páginas. Me enervaba tanta soledad mientras ella gozaba en el delirio de lujuriosas tormentas cada noche. El empaste de la cubierta, ya craquelado, no soportaba las incisivas carcajadas de ella en las permanentes bacanales. Los espasmos de su cuerpo en las interminables orgías, hacían saltar el libraco donde pretendí encerrar su recuerdo, en el peldaño más alto de la biblioteca. Ahí estaba con sus clientes, divirtiéndose, sin reparar en todos los años de sufrimiento desde que se fue con su vestido esmeralda - ¿Me combina con los ojos, amor?- fue el sortilegio de sus últimas palabras, frente al espejo y de espaldas a mi angustia por el desconsiderado escote que dejaba ver las comisuras de su infierno. - Claro que te queda

perfecto, amor- Este amor salía tembloroso y frío, como si me consolara desde el sepulcro- Pero por favor... cuídate; en esas fiestas de despedida de solteros a veces hay gente mala, aberrada, desviada, que no respetan a... - No te preocupes amor, es mi trabajo y sé controlarlos.

Un beso fugaz, para que no se le opacaran los deslumbrantes labios, un guiño tranquilizante y maternal; la puerta se cerró para siempre. Dejó su estela de Givenchy, el aroma de sus alocadas hormonas y ya sólo escuché el gotear de la lluvia en el porche. La avalancha de grillos hundiendo sus chillidos en el tímpano, y la melodía insomne del viento otoñal. Desde que le colgué los aretes y el collar de perlas, tuve el presentimiento trágico de que no rodearía su cuello nunca más. Tres días después llegaba a mi puerta esa imagen estática que ha seguido atormentándome en el álbum durante tres años, y la solemne invitación a reconocerla en la morgue. Era ella, claro, sólo vi su rostro pálido, párpados serenos, labios

sensuales. En el cuello un collar de puntadas de hilo quirúrgico; mutiladas las orejas y el carmín ya sin brillo, regado sobre las mejillas. Podía percibir vagamente el Givenchy en los jirones esmeralda. El olor a sexo casi me hacía vomitar. Podía percibirse el trepidar de su fuego extinguiéndose en el interior, debajo de la piel hecha carbón - “Hueles a bromelias en celo, excitantes pétalos eternos de mis montañas” - Recitaba muy cerca de sus oídos, cuando hacíamos el amor.

En el álbum estaban mis amigos Erick, Romualdo, Esteban; todos putañeros incorregibles, bebedores consuetudinarios y descarados traidores. Yo sabía que esa banda de poetas empedernidos no iba a respetar a mi amada. Siempre le tuvieron ganas, aunque hablaban de ella con sordina cuando los acompañaba en el bar. - ¿Cómo está esa diabla de tu esposa?; ¡tienes una gran suerte amigo!... pero no te envidio-.

Esta mañana encontré el álbum en el suelo y las fotografías desperdigadas unas, otras formando montoncitos, coincidentalmente reunidas por familias, como si estuvieran discutiendo sobre los desafueros de la víspera. Mi madre, más seria que nunca, me clavaba su mirada inquisidora, pidiéndome que sacara esa gente de mal vivir de ese libro o que la pusiera a ella en otro lugar. -Yo te lo dije hijo, que no te convenía esta mujer tan liberal. Que ese oficio no era tan digno. Además ella te conoció en tu propia fiesta de soltero, y terminó con tus sueños de casarte con la buena y pasmada de María, tan quietecita, tan bien portada y llena de voluntad para soportar un largo matrimonio. ¡Mira hoy! ¡Por culpa de esa zorra me botaron al suelo!-

Los poetas, dispersos, bastante estrujados por la caída, los trajes ajados; eso si, con la mismas risas que tenían en la taberna la noche de mi despedida de soltero; iban en el mismo automóvil que se atravesó al tren esa madrugada - Es un verdadero

huracán tu mujer- parecían decirme desde la fotografía que publicó el diario. Todos felices y mi mujer saliendo del gran pastel como un remolino de esmeraldas. Los recogí a todos, con mucho cuidado y luego espolvoreándolos en la chimenea fui recordándole a cada uno cuánto los extrañaba. A la buena de la María, le pedí disculpas una vez más; le dije que no íbamos a ser felices de todos modos, con ese carácter tan apacible de ella. Que una pareja tenía que ser explosiva, irreverente y participar de juegos extremos para probarse en todas las circunstancias. Que la iba a sacar de ese álbum para que descansara en paz. Imagino la soberbia y la frustración de no poder romperle la cabeza a su rival, mientras ella seguía de juerga, unas páginas más adelante. Sus brazos cruzados, sin poder despegarlos jamás de su vestido de novia, eran patéticos. La tiré al charco frente al porche para que refrescara sus deseos de venganza.

Saqué a mamá y la puse en el jardín, bajo la lluvia. Ella era amante de las bromelias que tenía en el porche.

A mi esposa la metí en una de las páginas centrales, sola, frente a Lucifer, y Gran Tom, los doberman que me regaló Erick el día de la boda, pero alguien los envenenó la misma noche contaminando el pastel con estricnina. No pude descubrir las manos criminales, porque no aparecí esa noche, ni la siguiente. María me regaló esa foto antes de suicidarse; recuerdo que me dijo: - Son peligrosos y traicioneros como tú-.

Yo me ubiqué en la contraportada, lejos del tumulto. A partir de ese día dormí tranquilo. Se acabaron las parrandas y las penas. Todas las noches podía sentir los chasquidos de la hoguera en la chimenea y la lluvia ungiendo las bromelias.



LOS OLORES DEL CIERVO

Sin esperanzas, en el lóbrego balcón de su vieja casa, contemplando las begonias del Sahara y las orquídeas de Madagascar; llenando de vino la panza, yacía tirado en el sillón de mimbre Carlomagno.

Hazañas insólitas como pescar salmones en la India meridional, o cazar avestruces en Nueva York, habían dejado suficientes huellas en las paredes de todas las habitaciones. Cuernos de ratón, garras de zancudo, pieles de tortuga, tapizaban los armarios y la biblioteca. El olor a nafta en las momias, se confundía con los delicados aromas del aceite de ballena con el que impregnaba los muebles atornillados a las puertas, cada mañana de domingo, cuando se quedaba en la casa. Después del suntuoso baño de cera y agua bendita, montaba su carruaje y ordenaba al cochero llevarlo a la misa de once.

Su entrada por supuesto era triunfal, el órgano tocaba aleluya a su paso hacia las bancas de la primera fila, donde tenía labrado su nombre y su número de identidad, con una leyenda en letras góticas, enunciando la frase universal: “Aquí se sienta el Dios de la ignorancia, Rey de los unos y de los otros”. El cura párroco, como todos los domingos, salía en su encuentro, le besaba la mano y lo acompañaba hasta el Altar. – Permiso para decir la misa mi Señor- era el ritual mientras bajaba la cerviz a la altura de los muslos de Carlomagno, en una genuflexión tan prolongada que sólo el bastón de uno de los ujieres golpeando su cabeza lo regresaba a la verticalidad. –Gracias, perdonen pero cada vez que estoy frente a la presencia de este dictador siento que mi cuerpo es una frágil libélula. Se sientan todos una vez tienen la señal de los guardias, enfundando sus lanzas en el ojal de las solapas.

Mediodía, reluciente el sol en el cenit suprime las sombras unos segundos, hasta que Carlomagno

sorbe la última gota de sangre de sus víctimas dominicales y entonces comienzan a proyectarse los cadáveres del desierto. Los caballos, alazanes, emprenden veloz carrera por la autopista atestada de cerdos y jabalíes, incendiando el viento. Llegan sudorosos hasta la sombra de un gran pavo real y dejan de respirar, caen desmayados desvertebrándose hasta quedar un reguero de huesos en el patio, que inmediatamente es asaltado por una manada de aves de rapiña. Carlomagno asfixiado, literalmente, látigo en mano aún, recuesta su pompa en el mullido casimir del asiento, y saca de sus calcetines un diminuto frasco de Cuerno de Ciervo. Quita el corcho con sus dientes y respira con suavidad al principio, luego hace profundas las inhalaciones, y observa las nubes, muy grises, preñadas de invierno, como gigantescas pipas a punto de reventar, girando a su alrededor. Las aves de rapiña, volaban cada una con un resto de espinazo o pantorrilla equina, y ladraban con ferviente exotismo. Carlomagno recuerda que

había tenido ese sueño seis veces antes y lanzó un desgarrador aullido desde el sillón de mimbre.



SIGO SIENDO EL REY

Había una vez un hombre magro, cansado, piel galleta, desmoronándose en cada movimiento de su cuerpo arqueado hasta la cuadrupitud. Las manos, maquinatas traganíqueles, hurgando la deslumbrante bisutería excretada por los moradores de la urbe, arañaban sin suerte los últimos despojos de la tarde que se hundían en la oscuridad. Ya hasta los zopilotes se habían ido a sus casas a darse una ducha y disfrutar la placidez de la noche en el calor del hogar: “Hoy, mis queridos roñeritos, les traje la lombriz más larga y fresca que encontré en el supermercado. A precio de oro, porque tuve que sudar la frente arrancándosela a un desgraciado, que, según él, la había visto primero”. -Los críos miraban a su padre con expectación inusual-, Siempre lo había visto merodeando nuestras tierras, pero jamás se había entrometido con las exquisiteces del mercado; él se llevaba cartones, enlatados, hierros, trajes, celulares, y todas esas cosas

inútiles para nosotros -se detuvo unos instantes escarbando en sus pensamientos los recuerdos- Pero esta tarde lo vi como un energúmeno, indecente, famélico, desesperado por arrebatarme este maravilloso gusano ¡que yo!, hijitos, -golpeaba su pecho con el timonel de su ala derecha- había escogido para que ustedes se dieran una tragantona. Un gusano ¡Que yo! Había arrancado a uno de los cadáveres más frescos e ilustres lanzado por los bípedos de azul en nuestras bodegas. - ¿Y qué pasó papá? Preguntaron en coro los críos.- Sí mi Rey, cuéntanos-. Se acercó a la mesa Sofía con el té de menta, para ennoblecer el aliento de su héroe. - Pues nada -Se encogió de hombros el Rey zope- Hela aquí chicos, dorada por mamita y aderezada con esos frijoles pura seda que nos pondrán a soñar esta noche con la navidad... -¿Con los fuegos artificiales?- inquirió entusiasmada Roñita - Si, zopita, ¡ya, empieza a comer!"

El hombre no había encontrado las migajas del sustento, aunque la luna, solidaria intentaba aclararle las tinieblas. Con las pilas ya desgastadas, una luciérnaga decidió reposar en los restos de una pizza de *peperonis* con jamón y algunas hilachas de queso. Lixiviando chorros de sudor desde los resquicios de su humanidad, el hombre miró aquello como un rayo de luz que venía del infinito, y San Gabriel con su trompeta entonaba fanfarrias celestiales anunciando la llegada del mismito redentor. El hombre suspiró un gemido de esperanzas !La cena pa los muchachos! ¡Alabado sea!, el quesito se lo daré a la vieja, en premio por sus desvelos de treinta años apoyándome. Por eso soy un hombre grande, porque ella siempre ha estado detrás de mí. Y pensar que casi mato a ese infeliz zopilote esta tarde por un mísero gusano que no valía la pena; ¡uno debe tener fe, carajo! Dios tarda pero llega, el Sol sale para todos, etcétera, etcétera, en fin. Fíjese, quien iba a creer que hoy viernes, justo pasadas las diez de la noche, cuando ya el hambre

me retorció las tripas, ¡Zas! Ocurre un milagro, se aparece esa luciér... que digo, ese ángel, y me ilumina el camino a la felicidad. -Murmuraba festivo metiendo su milagro en el saco, mientras se arrastraba sobre el futuro- Esta noche, todos beberemos jugos gastronómicos si vaciamos las latas de coca cola; por ahí metí unos huesos, que no se de que son, pero mi abuela decía “hueso es sopa, mijito, no importa el difunto”, así que una sopa caliente completará la gran comilona esta noche. Cómo me gustaría que ese pendejo zope viera este banquete, para que se muriera de envidia.

En la desesperación del hombre por llegar a su destino, el saco roto, ya la luna ausente de su desdicha, la noche borrando el sendero y la alucinación de veinte horas fabriles adormeciendo su cerebro, desviaron sus pasos muy cerca del gran roble, frondoso árbol propiedad inmobiliaria del Rey zope, que sufría de insomnio.

El hombre llegó a tientas y gateando hasta el portón de su hogar, traspasó como fantasma el umbral de la cueva, donde lo esperaba una escuálida sombra y tres niños jipatos, enclenques, desgarrados, semidesnudos, descalzos; las ocho pupilas desorbitadas y las manitas extendidas temblorosas en la confusión del hambre y el frío; esperando con inusitadas ansias que de aquel saco mágico brotaran milagros.

En la copa del roble se escuchaban chasquidos de hojas. El acordeón acompañaba una tarantela. Un soberano graznido enmudeció la noche: ¡Roñita, deje esa pizza para el desayuno, váyase a dormir!



TARDE DE VOLANTINES

Fue en mi viaje a Sansgobort, al Oeste de Karmandutrania, en la antigua India meridional. Cuando vagaba por las colinas soleadas encontré una tarde espectacular; cubierto el cielo de colores que interpretaban la Danza de los Arco Iris, de Igorin Rumanovsky, el creador de los Volantines Mágicos.

Había un arco iris especial de azules intensos y rojos de fuego, elevándose con la inquietante dulzura de la libertad, como si se hubiese desprendido del universo y se fuera a la hila.

Se iba como las ilusiones al finito de alguna galaxia, donde quizás podría enredarse y en ella detener sus ínfulas cósmicas. Pendía de todos modos de otras ilusiones y otros sueños, y no podré saber con seguridad cuál fue su destino final. Sólo sé que en el transcurso de su vuelo yo estaba ahí, contagiado de su alegría, mirando

cómo retozaba con las nubes o despedía las aves que encontraba en su camino. Yo, era feliz disfrutando el jolgorio infantil de una tarde en el parque.

Mi deseo era estar con esa cometa allá arriba, sobre su traje de seda china al aire, zarandeados por la mano de Fredy Ernesto, Maestro de la orquesta de vientos; o bailando el vals de los columpios; o al un, dos, un, dos, un, dos del sube y baja. O mareado de dar vueltas a la orden de - ¡más fuerte!- del capitán Fredy Ernesto.

Multicolores en el cielo, flecos zumbando como cigarrones. Un payaso recreándole felicidad a sus máscaras. El vendedor de helados repartiendo a diestra y siniestra copos de nieve coloreada. Los jilgueros desgarrándose vanamente por competir con los niños cantores del parque. Un algodonerero de azúcar en el centro de la fiesta de aros brillantes rodando colina abajo. Verano, el Sol agradecido, caminando parsimonioso, con la

cautela de no herir las sudorosas mejillas de sus hijos, iba a su casa dispuesto a estribarse en las pantuflas, ponerse la bata de esponjas y darse una ducha de agua fría mientras la Luna calienta un té de manzanilla: “descansa amor, que yo me ocupo de dormir a los niños”. Pero aquel ejército de terremotos diminutos, ni advertían la proximidad de las sombras tenues en las colinas, ni el cansancio en el vaivén de las cometas. La algarabía no cesaba, las ruedas giraban fuera de sus órbitas, y yo, boquiabierto, los ojos encantados, testigos de la maravilla del mundo: Niños y niñas huyendo del silencio, explotando risas, llantos, elevando sus risas al cielo. ¿Qué más hermosa podía verse una tarde agonizando? El crepúsculo enrojecía mis pupilas; A los querubines llenaba de destellos. Yo sabía que después de mi expectación vendría la noche; Para los niños llegarían los sueños.

Tres horas, sentado en el banco del parque mirando la danza de las cometas, doblaban mi

vieja cerviz, pero los gritos de Fredy Ernesto, Director del Coro de niños, me hacían saltar la cabeza porfiada y enarbolar la risa de calabaza sin dientes. Fredy Ernesto, Rey de los gnomos, Caballero de Los Corazones azucarados, invitaba a sus huestes blandir serpentinas sobre mi panza. Yo reía mucho aunque me sentía acosado de confites, y Fredy Ernesto, El Señor de las Nieves, ordenaba “¡Fuego!” y los copos de chocolate se ensartaban en mi nariz. Ya el algonero y el vendedor de helados empujaban sus carretones vacíos colina abajo, tintineando en sus bolsas un millar de centavitos. El payaso sin su nariz de goma y sin abandonar su pintada sonrisa de banda a banda, descorría los tirantes del bombacho y encajaba el sombrero hasta las orejas. Un splash splash, huellas de zapatos payaso alejándose, eran los últimos alborotos de la tarde. Empezaba la niebla a cubrir la colina con su cobija de frío, y las madres recogían del césped el mundo de colores, al tiempo que iban arriando el rebaño de críos, hasta formar un batallón de rosas

que se alejaban aguijoneando la Luna con sus picardías. Fredy Ernesto, se detuvo frente a mí, se acercó hasta mi rostro; enrollando mis párpados con sus dedos, auscultó en la viscosidad de mis córneas: - viejo, tienes enredado el cordel de mi cometa en tus ojos. Por favor, dámela, mañana volveré a encumbrarte -. Soltó mis párpados como disparaba su hondilla, y corrió a las enaguas de su madre.

No hay otra razón para vivir desde esa tarde. Y vivir es lanzar cohetes de papel al bullicio; compartir la luz del Sol y la brisa esperando la Luna. Conocer de cerca y estrechar la mano de Fredy Ernesto Superman; escuchar las voces de combate de Fredy Ernesto espáiderman, o de los ¡poporranger dinotrueno!, ocultos en el corazón invencible de Fredy Ernesto; y después irse de viaje a otra historia de fantasías en la nave de Fredy Ernesto Buslaigsir, “hasta el infinito y mas allá”.



EL ÚLTIMO POLVO

En las vacaciones casa de mi tía Lucrecia, siempre aprendía algo nuevo sobre las relaciones humanas. Mi tía Lucrecia y Héctor, eran típicos seres en yunta por alguna circunstancia ajena a sus realidades, pero soportaban estoicos el orden absurdo que imponían las reglas sociales: Estaban casados hacía treinta y cinco años, y condenados hasta que la muerte los separara. En la misma celda cumplían sentencia y castigo. Ahí mismo tenían sus servicios sanitarios, comían y además tenían garantizada la visita conyugal, que a otros presos solo se las permitían una vez al año. De todos modos Lucrecia y Héctor hacía mucho tiempo que no disfrutaban de ese beneficio, por mutuo acuerdo de “las partes”, convinieron un día de cada semana representar la escena del último recuerdo erótico ocurrido en la noche de bodas. Ya acostumbrados a mirarse mutuamente, hacer el amor mutuamente por tantos años, no

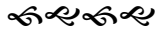
reparaban en los ruidos de sus gases, los olores en el hundimiento o las protuberancias de sus glándulas, ni mucho menos prestaban interés a la irreversible decantación de sus células productoras de placer; palabra ésta última convertida en leyenda casi innombrable. Lucrecia guardaba aún el encanto de la seducción, coqueteando frente al espejo de su tocador. Sentada ampliamente en la butaca iba desprendiendo la máscara de menjurjes que soliviantaba su apariencia surcada por el hastío; se empolvaba cara, cuello, brazos y piernas con delicados toques, dejando un ambiente moteado de exquisita fragancia. Mientras tanto Héctor sin más miramientos quitaba sus botas, se desgarraba las vestiduras y dejaba caer su humanidad sobre el lecho nupcial. “Tengo sueño, hoy trabajé como un burro, hasta mañana mi amor”; y Lucrecia “Si mi amor te comprendo, yo también tuve un día terrible; esos demonios me exprimieron... pero ¿sabes qué?, hoy quiero que nos acariciemos un rato y... ya sabes...”.

Hasta “exprimieron” era la frase hecha de todos los días de los últimos diez años; pero “¿sabes que?” y seguido, era la propuesta de todos los viernes antes de dormir. Esta noche, en “ya sabes”, Héctor irrumpió con un estertóreo ronquido acompañado de una singular flatulencia como globo desinflándose. Lucrecia dio un salto de horror por aquella inusitada respuesta. Al diálogo de todos los viernes, cuando ella interrogaba, ¿sabes qué?, Héctor repreguntaba con ternura: ¿si mi amorcito? ¿Vendrás a mí y haremos cositas verdad?; de seguidas Lucrecia se lanzaba al lecho nupcial y se colocaba en posición de pollo en brasa o de cúbito dorsal; cuando se sentía muy mimada, entonces adoptaba la posición fetal, esperando que Héctor con su paciencia y comprensión de monje hiciera el hercúleo trabajo de desenredar aquella madeja de huesos, carnes, greñas, hasta descubrir por fin donde comenzarían los rituales amorosos de ese viernes.

Héctor ya no tenía merecimientos que lo hicieran cotizado. El alcohol y la coca habían causado estragos en su mente. Cada viernes cruzaban los adenoides tres o cuatro líneas de ese polvo mortal. Ya del “racimo viril” sólo quedaba una especie de banano pigmeo con artritis. Sin embargo Lucrecia no escatimaba esfuerzos ni costos en perfumes y cremas acondicionadoras “de momentos como ese”, y viernes a viernes la ceremonia o momia de cera se reciclaba haciendo espavientos de su poder persuasivo espolvoreando su cuerpo. En la celda no habitaba ningún otro espécimen con quien alternar. Yo iba a casa de mi tía en vacaciones, pero los viernes por la noche los dejaba a solas con sus cuitas de rutina, que ella me contaba la siguiente visita con bombos y platillos: “No te imaginas sobrino querido ese viernes. ¡Que maravilla! ¡Fui la mujer más feliz sobre la cama!”. Yo la felicitaba y le auguraba muchos viernes. Pero lo que pasó ese viernes veintiocho de febrero, no lo supo nadie. Cuando llegué, la tía Lucrecia me esperaba en el

corredor, sentada en la mecedora, balanceándose indetenible, la mirada de ojos grises clavada en el horizonte. Vestida de luto riguroso y la tez pálida; la pelambre canosa erizada. Ahí se había quedado sentada desde el amanecer de ese último viernes que la despedí oronda y fresca el año pasado. ¿Qué pasó tía? ¿Por qué está en ese estado? - “!Maté a Héctor! ¡Ya se me acabó el polvo!!Ese desgraciado le regaló mi polvera a otra mujer!... y claro, ese viernes no quiso hacer el amor conmigo como siempre. ¿Te imaginas sobrino? Qué soy yo sin mi polvo”. Mi tía lloraba amargamente y las lágrimas brotaban de sus ojos secándolos hasta el hueso. La escena era realmente dramática y yo no podía hacer otra cosa que reír y consolarla. Jamás imaginé que un ser humano se echara a la perdición por un polvo, y eso me causaba mucha gracia. Mi tía murió esa tarde en mis brazos. Sus últimas palabras fueron: “Polvo eres y en polvo te convertirás”. Creo que con esa añoranza entre cejas mi tía pensó obtener

lo que en vida había perdido, entregando su cuerpo a la tierra.



“LA PLAZA MALDITA”

Junio, mes de la Rata en el calendario chino, ocurrían los más misteriosos y grotescos crímenes en la aldea más antigua de la comarca. Alrededor de la plaza amanecían amontonados los descabezados, mutilados y descuartizados que peregrinaban la víspera hasta el monumento del Teniente Carranza. Desde las seis de la tarde el pueblo se abstenía de caminar cerca de aquella lúgubre plaza. Todos cerraban sus puertas y ventanas con aldabas impenetrables para los esbirros de la Guardia Nacional, que hacían la ronda todas las noches y golpeaban los balcones con sus peinillas o pateaban las puertas. Pero los gritos y aullidos fantasmales que se escuchaban desde la plaza, si atravesaban los herrajes hasta herir el tímpano de todos los humildes habitantes del pueblo; eran voces y lamentos del purgatorio. Eran las almas en pena de millares de niños, hombres y mujeres que habían sido asesinados por el Teniente Carranza, y que aún hoy, después

de doscientos años, no habían escuchado el perdón de su victimario. En vez del perdón, las huestes herederas del Teniente habían erigido una estatua y él estaba ahí con su puro y su sonrisa ecuestre, desafiando el destino de sus crucificados, retando el fantasma de los centenares de desaparecidos en las mazmorras, donde el Teniente Carranza defecaba en ellos, los desangraba personalmente con una bayoneta mientras desnudos, atados de pies y manos imploraban piedad. Cada día toda la gente del pueblo, tras las rendijas de las ventanas podía ver la inmensa fila de condenados que llegaban a la plaza desde todos los rincones de la comarca. En procesión bajaban desde las montañas las almas de los soterrados por la ignominia del Teniente Carranza. Todos aquellos penitentes sólo iban hasta la vergonzante estatua con la esperanza de derribarla; pero terminaban amontonados cadáveres huecos fantasmas en la memoria del pueblo. Nadie se atrevía a salir de sus casas; ni siquiera abrir un postigo o comentar en alta voz

las visiones espantosas de cada noche. Todos murmuraban entre si, muy quedo, al oído, sobre los visitantes de la noche anterior. Todos reconocían en la procesión de penitentes a algún hermano o hermana, o a su madre o algún vecino. Recordaban los hallazgos de esos seres queridos en alguna cuneta de la carretera, o en algún barranco.

Cuando aparecía el alma en pena de un monseñor muy querido por la gente que había sido asesinado por el Teniente Carranza, o la comitiva de sacerdotes acribillados en la universidad, todos lloraban y se enardecían, ocultos en sus miedos, pero nadie osaba levantar la voz mas allá del gimoteo acobardado por la posibilidad de convertirse en muerto de la noche a la mañana; sin otra explicación oficial que no fuera la de que el occiso era otro delincuente ajusticiado por las maras. Todos recordaban de lo que era capaz el Teniente Carranza cuando tenía informes sobre algún descontento con el gobierno. El Teniente Carranza estaba ahí frente a todo el pueblo,

convertido en estatua. Y todos sabían que el Teniente Carranza era difunto, pero las estatuas son erigidas siempre por un sucesor, un cabrón fanático que aún veneraba la memoria del asesino. Que los monumentos al mal sólo pueden ser producto de mentes perversas donde encarnó el espíritu del mal. Por eso tenían miedo de pasar por aquella plaza después de las seis de la tarde; menos en junio, el mes de la Rata, según el candelario chino. Un pueblo supersticioso, dominado por los traumas del pasado; sobrevivientes del genocidio del Teniente Carranza, que todas las noches sentían en los balcones de sus ventanas como rastrillaban con mano dura las peinillas, estaba petrificado. Todas las mañanas salían a mendigar el pan para sus hijos, y pasaban de largo frente a la plaza. Los más osados tapaban sus fosas nasales con los dedos, para evitar la pestilencia que provenía de la estatua del Teniente Carranza. Nadie parecía mirar los cadáveres de penitentes amontonados en las camineras de la plaza, pero en sus

conciencias estaban las oraciones del Monseñor y de los sacerdotes que habían llegado esa noche a reclamar justicia.

Nadie se atrevió nunca a derribar aquella afrenta a la dignidad del pueblo. Ni siquiera los otrora enemigos acérrimos del Teniente Carranza, hoy flamantes cortesanos del sistema, levantaban su voz para defender la dignidad del pueblo. En el contubernio y la traición a los ideales, como maniqués movían de un lado para otro sus inexistentes conciencias.

La hojarasca se arremolinaba por todas las calles del pueblo. No había casas. Un desierto sin esperanzas silbaba a los oídos de la estatua imperecedera del Teniente Carranza. El miedo había ganado la batalla a la eternidad. Sólo los fantasmas de los asesinados por el Teniente Carranza, continuaban danzando cada noche con furia en las manos, y desconsuelo en sus corazones. Ya la generación comprometida a

luchar hasta la muerte, había muerto por intoxicación de piezas de correspondencia y egoísmo: ahogados en sus retóricas patéticas sobre lo que pudo ser y no fue.

El Teniente Carranza, como Cid Campeador, jineteaba el futuro, con su cínica sonrisa, burlándose de las miles de víctimas penitentes. Las huestes perversas que erigieron el obelisco a su grandeza, sonríen como él en el último cuadro de esta obra bufa que se llamó algún día con orgullo, Cuscatlán.



SIETE SEGUNDOS Y MEDIO

En esos siete segundos y medio, transité el camino del purgatorio al infierno. De la sentencia a la condena eterna. De la esperanza a la irreversible realidad.

Del “ahí cabrón, sobreviviendo” al ahora sí te jodiste, cabrón. Del “un día dejaré de ser pobre” al ya no serás un carajo. Del “cuando pueda dejaré de ser un pendejo” al pendejo muerto. De ser a no ser. Fueron siete segundos y medio sin aliento, sin poder ordenar mis cosas que tantas veces dije acomodaría antes de morirme; sin despedirme de tanta gente que pensaba podría asistir a la vela y no me dejarían ahí, sólo, estirado, tieso, frío; quemándome las entrañas en esa infernal miseria de muerte, pudriéndome segundo a segundo, hasta los siete y medio contados fracción a fracción, sin perder una milésima de ese tiempo que ahora sí valía oro; no como me decían cuando lo perdía holgazaneando,

o en jergas fantásticas, o haciendo el amor descabellado, o imponiendo mis escuetas y vulgares verdades; o pintando mamarrachos que parecían más bien vómitos que obras de arte. En esos instantes siempre una voz agorera sentenciaba estos últimos siete segundos y medio, donde lamentaría el desperdicio. Error, les advierto a los previsores, en estos siete segundos y medio no caben las lamentaciones. Es un verdadero desperdicio utilizar el final para sentir, o pensar, menos para reflexionar.

En siete segundos y medio te comen los gusanos. Esa es la única verdad que pude aprender antes de esta última erección horizontal. Petrificados se quedaron los espermatozoides, que por orgullosos no salieron a su debido tiempo, cuando los empujaba con fuerza a cumplir su destino, en cualquier vía láctea, sin miramientos ni soberbia inútil. Congeladas, las ideas súper geniales para revertir los procesos naturales de las sociedades humanas (Traduzco: intervenir

estúpidamente en las leyes de la naturaleza). Como flan de chocolate mal cocido, se vuelven las vísceras tan cuidadas para prolongar per secula sus funciones. ¡El hígado!, ¡OH dios! No bebas demasiado, no comas demasiado, ¡cuidado con el colesterol y los triglicéridos! ¡Mucho sexo acabará con tu próstata! Si no haces ejercicios y respiras aire puro (¿?), te oxidarás, se te engarrotarán las extremidades; ¡cuidado que estás muy gordo! ¡Cuidado que estás muy flaco! El equilibrio. La moderación, hará que vivas mucho más. Pero nadie pasa de siete segundos y medio. El sístole y el diástole llevan afónicos los últimos compases. El hígado hace tiempo había muerto de pesadumbre, desde que lo dejaron de esterilizar con alcohol. La próstata moría de nostalgia cada vez que la mandaban a dormir temprano; El cerebro era un nosocomio ambulante desde que dijiste que no me querías en tu vida, y en estos siete segundos y medio, mientras hundías el cuchillo de cocina en mi estómago, sólo pude mirar tu rostro y apenas dibujar una sonrisa, para

que vieras en mi futuro cadáver, que a pesar de todo, perdonaba tu impaciencia.



SIN PENE NI GLORIA

Rosendo había perdido su mayor orgullo en el furor del neo-lorenismo. La María Eduviges, hastiada de verlo y olerlo llegar todas las madrugadas borracho; los calzones perfumados con el mismo Avón que vendía su comadre Guadalupe a las putas del burdel Las jalapeñas, decidió ese amanecer de onomástico, agarrar la tijera de podar las rosas, y de un solo chasquido, sin parpadear, se quedó con el gusanillo de Rosendo izado en una mano, y en la otra, la tijera como cobra en asecho, indecisa, si seguía cortando lo que le quedaba de bueno a su marido, o, corría a traer una brasa ardiendo del fogón, con la intención de cauterizarle aquel nacimiento de sangre manando río abajo por las vertientes del catre.

Se decidió por esto último, cuando Rosendo dio un alarido, inconciente aún de la causa. En automático el cerebro le llevaba las manos a agarrarse los genitales, pero ni la mas remota idea en su primitivo raciocinio, de que alguien, menos

la María, le hubiese hecho algún daño. La presión sanguínea saliendo a chorros y la maraña de sus dedos, tejidos, pelos y pellejos buscando acomodo en el nuevo diseño realizado por la María, no dejaban a Rosendo atinar lo sucedido. La María llegó en tres zancadas al catre con la antorcha y apartó con firmeza las manos y las piernas de su marido, para insertarla en el agujero sangriento. La humedad con el fuego produjo un siseo hasta que se apagó la brasa, al tiempo que dejaba de fluir el torrente; quedando un fino hilo que “llamaré a mi comadre para que te cosa esa heridita mi amor, ella es buena costurera”.

Los Gritos ahogados de Rosendo, la boca espumeando las emanaciones de la chicha fermentada con ron, el temblor epiléptico y el charco oscuro inundando sus nalgas no inmutaban a María Eduvigés.

-¿Comadre Guadalupe, y usted no cree que es pecado tratar con esas mujeres?

- No mijita. Fíjese que son las únicas en el pueblo que siempre tienen dinero y pagan al día. Además son una renta fija, porque se gastan el perfume restregándose en los calzones a los hombres, y el lunes me llegan a comprar montones de frascos. El resto de viejas casadas aquí, no tienen ni pa' una pinturita de uñas porque los maridos se gastan la paga en aguardiente-.

Sólo ese fragmento de diálogo, sumado a lo que le contó su hermano, de que una tal Lorena allá en los Estados había resuelto el síndrome de la infidelidad marital "cortando por lo sano", bastó para que en la mente de María Eduviges no rondara otra cosa más que la necesidad de erradicar ese vicio de Rosendo.

María Eduviges y Rosendo habían vivido muchos años de pasión, hasta que instalaron ese negocio justo en la esquina de la alameda donde vivían desde que nacieron. Ya Rosendo era viejo y ella también como para seguir arriesgándose que a estas alturas contrajeran una enfermedad de

“esas”. Los hijos se habían ido al Norte y ya no se ocuparían de sus tatas si se enfermaban. Rosendo con lo que ganaba en la alcaldía era suficiente para vivir tranquilo, llegar a su casa a las seis de la tarde, ocuparse de las matas y los animalitos en el patio, mientras María preparaba la cena; escuchaban la radio, jugueteaban un poco con los recuerdos y dormían en paz. Rosendo no podía quejarse de diversión, porque los domingos, cuando amanecía sano, sin cruda, iban a misa y después de almorzar unas carnitas con frijoles, bajaban al río a bañarse, dormir la siesta colgados de una hamaca, y hasta se bebían un ponche para estimular los antiguos retozos del corazón. Todas las cincuenta y dos semanas de los treinta años de casados hacían esa ceremonia y Rosendo asumía la rutina con la devoción de un drogadicto. Para María, acostumbrada por sus ancestros al mismo ritual, era la razón de su vida.

Cuando inauguraron “Las jalapeñas”, Rosendo, que era Inspector en la Alcaldía del pueblo, fue comisionado para investigar el negocio, y entrevistarse con el propietario e imponerle las

condiciones del gobierno y de la iglesia a ese tipo de establecimientos.

-¿Cómo te fue con el propietario Rosendo? - Le preguntó la María Eduviges, resumiendo la curiosidad de todas las mujeres del pueblo.

-Es una propietaria, María; viene de las europas y es estudiada. Muy decente por cierto. Nada que ver con tantas habladurías de ustedes. Muy elegante y fina. Generosa, atenta, y sobre todo consciente de sus compromisos con nuestra patria. Dispuesta a pagar lo que la patria le exigiera para servirla. Va a emplear muchas muchachas del pueblo, les va a pagar muy bien por sus dignos servicios; dice que todas van a comprar sus productos de belleza a la comadre Guadalupe. Harán que los hombres consuman todo en la farmacia de Don Roque. No van a subir el volumen de su música. Están dispuestas a servirle en lo que quiera al señor Alcalde, al Jefe de la Policía y ¡hasta al cura María! le darán tratos preferenciales por sus servicios. ¿Qué tal?

- Me parece muy bien Rosendo. ¿Tomaste algo?
-Bueno... si, unos traguitos... digamos... oficiales. Tú sabes María... Para darle una impresión a esos extranjeros de que somos gentes civilizadas. Ya sabes-.

Al día siguiente, cuando lavó los calzones de Rosendo, María Eduviges percibió el inconfundible olor de esos pachulís de Avón que vendía su comadre. - Quizás sea que las saludó y como esa porquería es tan hedionda se le pegó a mi marido... Pero ¿por qué sólo ahí, verdad? - Fue la pregunta que empezó a angustiarla.

Desde ese día Rosendo no dejó una madrugada sin llegar perfumado y borracho.

-¿Te duele mucho Rosendo? Ya la comadre terminó de coserte el pellejito ese que no se quiso cicatrizar con la candela.

Rosendo no hablaba. Estaba inconciente, frío, y seguía temblando. Los dientes le rechinaban como

indicio de que le quedaban vestigios de vida aún. Nunca se sabrá si se enteró de las puntadas que le dio la comadre o de la desaparición de un tajo del miembro perfumado la víspera.

-Bueno Rosendo, creo que ahora si volveremos a nuestra vida de siempre. Eso que te quité no lo necesitabas y creo que esas mujeres de “Las Jalapeñas” no lo disfrutaban realmente. Sólo lo usaron para evadir impuestos. ¿Verdad comadre?

- Así es comadre. Por cierto, ¡Feliz cumpleaños comadrita!

- Gracias comadre.



EL CHAVELERO

El verano pasado, fui de vacaciones a El Salvador, a visitar a mi tía Enemérita, una matrona probada en casi todas las luchas sociales desde que era muy joven. Veterana de la guerra civil que azotó su país en los años ochenta. Incluso fue una de las que firmó los acuerdos de paz que pusieron término al conflicto. Se había convertido después de esos acuerdos en escribiente de una alcaldía en su pueblo natal, allá en Apopa.

En El Salvador existe un corolario de dialectos, jerigonzas y vocablos únicos en Latinoamérica, y me llamó la atención que en esos días que acompañé a mi tía, ella estaba conmovida por la muerte de un “chavelero” que había llegado a El Salvador unos años atrás. Para los salvadoreños, “chavela” es alguien o algo que no es original, que es falso; y hasta lo convirtieron en verbo “chavelear” y es “chavelero” el que falsifica o copia lo original. En este caso me

seducía la curiosidad porque se referían a la muerte de un poeta “chavelero” y de paso, mi tía Enemérita, cuando iba a su trabajo, había encontrado agonizando al hoy difunto, y la víctima hasta había dejado en sus manos un mensaje extraño que la mantenía traumatizada. A los pocos días de mi llegada me entregó un paquete de recortes de prensa y copias de documentos para que leyera y me enterara del chisme:

En uno los escritos asentados por mi tía Enemérita en el libro de novedades, se relataban con lujo de detalles los diálogos involucrados en la muerte del chavelero:

“Doctor, este muerto debe ser uno de los Zubillaga, al según me dijo el compadre Salvador, y parece que sí, fíjese en la nariz y la boca, igualitas a la de todos ellos... y esta camisa con etiqueta del norte, usted sabe doctor que ellos son los únicos en Apopa que van a los Estados Unidos y compran esos trapos finos...”.

Así fue como el policía de turno entregó al médico de guardia los restos de un desconocido encontrado en una calzada esa mañana. El médico elaboró el primer informe de entrada del cuerpo y luego lo envió a la morgue para que practicasen la autopsia de ley y elaboraran un expediente con los datos necesarios para remitir el caso a las autoridades municipales, quienes decidirían qué tipo de sepultura tendría el desdichado.

El Jefe Civil, Don Leopoldino Martínez, en su alegato testimonial donde debía dejar sentados los pormenores de este hecho, hizo constar por medio de su escribiente Doña Enemérita Justiniano Hernández Guardado que: “Pancracio Zubillaga Cántaro fue visto por el Doctor Rufino Fuentes con el cráneo perforado; —Era el encabezado del reporte de la morgue del Hospital Central— indiscutiblemente masculino, de unos 58 años, seguramente nacido en Apopa, y familia de los Zubillaga Cántaro por las características

fisiológicas tan parecidas, encontradas por la mayoría del pueblo que conoció a esa gente, pero que hoy no pueden dar fe de su parentesco, debido a que todos emigraron a los Estados Unidos en busca de mejor vida. Gozaba Pancraccio de buena salud y sorprendente lucidez antes de morir, así que sus últimas palabras, según relata Doña Enemérita Justiniano Hernández Guardado, mayor de edad, de oficios del hogar y nacida en Apopa, con su Documento Único que la identifica con el número 00-987-90897, dijo, y así lo afirma, que el occiso expresó en palabras escritas y llenas de intelectualidad, lo siguiente: “que no le echen la culpa a nadie de que me morí, porque yo la quería, pero cuando llegué a su vida ya estaba muerto. Pancraccio.” Se pone en este documento lo dicho por el difunto, resaltado y subrayado, para que sea tomado en cuenta por las autoridades y personas jurídicas que quieran investigar cualesquiera de estos hechos; asimismo se adjunta original y una copia del papel que la testigo encontró, por mandato expreso o Divino, del

susodicho muerto, y que bajo el curioso título: *Acertijos de un moribundo anónimo que me encontré en la calle*. Doña Enemérita, respetable y noble conciudadana, escribiente de esta Alcaldía a destajo, hace diez años, desde que terminó con excelencia el curso de alfabetización que mi gobierno puso en manos del pueblo cuando llegué a la jefatura civil, tuvo la fineza de clasificarlo. Este título mismo, por su carácter casi literario, refleja sin lugar a dudas que Doña Enemérita sabía lo que estaba escribiendo y cómo lo escribía, a pesar de las circunstancias tan consternadoras y fáciles de confundir a un escritor corriente del común; por lo que se le da entrada legal, honesta y de elevada ortografía a esta nota rubricada por Doña Enemérita, dándole así mismo validez jurídica y enmendadura, a cualquier desinformación que algunos opositores quisieran agregar en perjuicio de esta digna Institución que presido”.

Así quedó registrado en los archivos de la municipalidad el epílogo de la ilustre vida del

supuesto “Pancracio Zubillaga Cántaro”, nombrado así por no encontrársele los documentos de identificación.

Los recién conocidos de aquel desconocido extranjero fueron invitados a reconocer el cadáver a fin de obtener alguna información que diera una pista para identificarlo y establecer las causales verdaderas de su muerte; y además que diera alguna seña que condujera a un familiar o deudo, que se hiciera cargo de las exequias, pagara los gastos de traslado al cementerio, entierro y otras diligencias municipales, que con el presupuesto miserable de la Alcaldía no podían cubrirse, menos tratándose de un extranjero que no había pagado impuestos como para justificar los beneficios del Estado y además en la Constitución Nacional no se consideraban erogaciones en estos casos. "Ya haberlo tenido en el país, disfrutando del magnífico tren del aseo, el moderno transporte colectivo y la seguridad personal, había sido hartamente oneroso para nuestros exiguos

ingresos municipales". Comentó el Alcalde. Era necesario que alguien se hiciera responsable de ese muerto antes de veinticuatro horas o tendrían que tirarlo en una fosa común, donde sus restos se perderían para siempre en el anonimato. "¡Y que no vengan después a salir esposas e hijos por ahí, reclamándole al Estado explicaciones sobre su difunto!". Gritó el alguacil, mientras sellaba el legajo de actas de defunción para que procedieran a las identificaciones de rigor. El Alcalde hizo un gesto de llamada misteriosa a sus colaboradores más cercanos, chispeando los dedos y un gesto de cabeza, para reunirse en la habitación contigua a la oficina: - Además, cabrones, este difunto dicen las malas lenguas que es venezolano y seguro tiene alguna complejidad política con eso del *bolivarianismo* y el señor ese que... ya saben cómo es de soplado y no vaya a ser que diga que aquí se lo matamos los oficiales por razones políticas. Hay que comentarle este pequeño detalle originario al Gobernador, no sea que estemos enredados en un conflicto internacional y no nos

hayamos dado cuenta. Por eso es muy importante que todito lo que escribamos sea al pie de la letra, con mayúsculas y sus respectivas diéresis y sintaxis, como dice Doña Enemérita; y todo lo que veamos sea bien observado y podamos dar fe de solvencia de nuestro gobierno para que no nos echen este muerto encima-. Todos convinieron en las delicadezas del Alcalde y cuchichearon las complicaciones de alta política que atemorizaban a su jefe.

Nadie sabía nada de aquel infeliz, más de que su origen era supuestamente venezolano; que era neurótico, obstinado, vivía con una tristeza profunda en sus ojos y que había llegado a El Salvador desde Montreal a principios del año 99, de acuerdo con unas notas de prensa y artículos que le había publicado un semanario comunitario; y por las supuestas conversaciones en el bar “Las Mollejas” que algunos parroquianos habían compartido. “Ni puta idea a qué, ni por qué habría venido a aterrizar aquí ese señor”, era el

comentario general. Miraban los desechos de Pancracio ya ennegrecidos, y se horrorizaban al ver el pellejo burbujeante por el hervor interno que producía la manifestación de gusanos, desesperados por vencer los vapores del formol y salir de una vez por todas a terminarse los restos visibles. Los curiosos miraban con el característico asco, tapaban sus fosas nasales y se iban sin aportar ningún dato a los funcionarios.

En la necropsia los patólogos no atinaron a describir con exactitud lo que había causado la muerte a Pancracio. Y es que el cerebro, como un erizo disecado, los occipitales desgajados, restos de basura orgánica, unas lombrices irritadas buscando dónde refugiarse entre las gelatinosas vísceras y unos escasos montículos de tierra dispersa sobre los sesos de Pancracio, hacían infructuoso el diagnóstico de esa muerte. Algunas elucubraciones apuntaban a que se hubiera o lo hubiesen lanzado de cabeza a un jardín, lo cual era una bonita metáfora, pero nada técnico como

para un reporte. Así quedó entonces la coetilla aclaratoria en los archivos: "...como si en su cerebro hubiera hecho erupción un volcán...".

Los despojos de Pancraccio eran realmente irreconocibles, con la cabeza barrenada y las cuencas de los ojos vacías. Era el producto muerto de un continente.

"Abatido a tiros por la policía, Pancraccio Zubillaga, dejó de existir el 30 de Diciembre a las tres de la madrugada; su cuerpo llegó sin vida al Hospital Central de esta ciudad...", rezaba el cliché periodístico esa mañana. Las redacciones de sucesos no tenían mucho que redactar, pues en cinco siglos de "abatidos" tenían un sustancioso y simplificado esquema de formularios dispuestos, sólo para llenarlos. Casi, ni el nombre, edad, "circunstancias en que quedó el cadáver", lugares y hora de los sucesos, era necesario cambiar. Había centenares de pancraccios de la misma edad y habitantes de las mismas "zonas en conflicto" o "zonas rojas", como solían clasificar

geográficamente al ochenta por ciento de pobres del país, en todo el continente. Eran centenares los pancracios que a las 3 de la madrugada eran abatidos por las deudas, por las mujeres o por la policía en una riña interminable con la vida. Muchas veces, cuando la Página de Sucesos no tenía tiempo de llenarse por problemas técnicos o por ausencia del redactor o de un muerto, sacaban una de las anteriores noticias en un archivo de quinientos años de sucesos y amanecía el vendedor de diarios pregonándolas al caletre, como un estribillo. “¡Abatido por la policía murió delincuente! ¡EXTRA! ¡EXTRA!”, o “Asesinado por motivos pasionales... en condiciones extrañas... ¡EXTRA! ¡EXTRA!”.

En el caso de Pancracio Zubillaga, la muerte aún no había sido aclarada ni en sus causales, ni las circunstancias; ni siquiera se había determinado con qué objeto le habían destrozado los sesos.

Pancracio Zubillaga Cántaro llamaba la atención de los inadvertidos ciudadanos que

compraban el periódico por lo rimbombante de esos apellidos que asociaban con la burguesía criolla al muerto. Y morir un Zubillaga, abatido, era tan irónico que causaba más bien risa; pues los Zubillaga siempre estaban abatidos... pero por la angustia de tener que pagar impuestos y la próxima trampa que tendrían que rediseñar para no pagarlos; por las molestias que sufrían en los aeropuertos, cuando regresaban de Disneylandia, atiborrados de *mikeyes* y otros regalos para sus íntimos, y el funcionario se ponía a curiosear con sus sabuesos alemanes, los fondillos de aquellos ratones de hule. O por el acné de la "Nena", o por los ladridos un tanto afónicos de Bobby. En fin, claro que tenían un rosario de abatimientos, pero jamás podría pensarse que fueran "abatidos por la policía". Así que esa mañana el Diario se vendió como pan recién salido del horno.

En la información de las páginas centrales del Diario estaba una copia ilegible de la cédula de Pancraccio y otra donde aparecía la foto de una

muchedumbre, identificada por la redacción como madre, hermanas, esposa y seis hijos; vecinos y demás deudos, todos con expresiones de dolor en sus rostros. Tan conocidas aquellas graves expresiones en sus rostros, que no podría asegurarse si eran deudores de Pancracio ó abatidos de la víspera. El anuncio del Jefe Civil de que se reportaran los deudos, fue atendido por un centenar de personas que daban fe de ser parientes del difunto, con tal de ser fotografiados al lado de un Zubillaga Cántaro.

En las declaraciones, todos acusaban en coro a los policías; todos aseguraban que “Don Pancracio era un hombre bueno, buen esposo, hijo, amigo y el mejor vecino”. Todos pedían a gritos al periodista que castigaran a los culpables, que les arreglaran las calles del cantón, que por favor les mandaran el agua, que “hacían días no tenían ni una gota para hacerle las pachas de frijol a los cipotes” Fíjese, y el aseo nunca viene y nos vamos a enfermar toditos, y mire señor periodista, diga

ahí que la escuela Del Carmen está cerrada hace tiempo, desde que se le cayó el techo, y “esos muchachos se van a quedar pa’burros”. Toda una crónica social podíamos leer en aquella noticia sobre la muerte de Pancracio Zubillaga.

Pancracio era realmente bueno; tanto, que el pobre no tenía vicios ni virtudes conocidas. Era un hombre común y por ende dispuesto a aparecer en cualquiera de las truculencias de la vida. En este continente, cualquier nacido pobre, marginado, y que no hubiese tenido la oportunidad de insertarse en los esquemas sociopolíticos de supervivencia, podía aparecer abatido una madrugada y no sólo por la policía, sino hasta su propio compadre o su mujer querida podían descuartizarlo a machetazos por infinidad de motivos, en una bronca inesperada, originada por alguno de los innumerables traumas ancestrales, antropológicos o congénitos de una raza desintegrada, nómada, huérfana de origen.

Los “motivos pasionales” eran también un cliché, definitivamente. Era un eufemismo noticioso para encubrir los complejos y las miserias que arrastraba una clase desposeída, ingenua, manipulada por la fuerza del Poder constituido y el temor a Dios.

En una de las fotos centrales de la gran prensa, podía verse una mujer de rasgos indígenas, ojos y pelo muy negro, cuerpo macizo. La mirada directa al destello de la cámara, registraba una imagen ausente del resto de lloronas y llorones del velatorio. Era una mirada fría.

Era Teresa Corales, la “mujer querida” de Pancraccio, con el rictus de una mujer resentida y los labios aun temblando de cólera. Desafiante, emputada por la inusitada desgracia. Pero no por esa de cuerpo presente, tieso, horizontal y sereno, hediondo a formol, al que el Alcalde le había cerrado la boca para que no salieran los gritos de los sublevados dentro de las tripas: “No sea que esos gusanos revoltosos sean hasta terroristas” —

le comentó al Alguacil en un sorbo de café—. Esa mujer querida no expresaba enojo por aquellos huesos que dormían plácidamente dentro de ese cajón de cedro en la pequeña sala del rancho. Ni mucho menos pensaba en venganzas ni ajusticiamientos innecesarios. Tampoco eran de su interés las calamidades del cantón. Teresa Corales solo tenía en su mente el último grito de Pancraccio pidiendo clemencia por la muerte inminente...

Esa noche fue para Teresa, la más larga del siglo; nada pasional como la noticia estilizada que habían publicado esa mañana. Esa noche había vivido diez mil noches inexplicables, tratando de darle respuestas lógicas a su existencia. Podía estar parada ahí frente a ese féretro, diez siglos, ahora que era una fotografía: una imagen invadida por la curiosidad del mundo.

Su vida, no terminaba en esa autopsia de su ahora ex amante. Había millones de historias en sus neuronas y todas eran importantes y a todas les

había hecho ella misma una autopsia algún día con un bisturí de aguardiente o de llanto.

Cualquiera era más importante que ese reciente pasado ya cadáver frío a punto de ser enterrado y olvidado. De hecho, para ella, Pancracio ya estaba enterrado desde la noche anterior, cuando le lanzó desde el balcón la maceta al tiempo que lo mandaba al carajo “!A CHINGAR A OTRA PENDEJA, HIJO DE PUTA, CABRÓN...! Así fue. De ahí las lombrices en el cerebro de Pancracio y ese epitafio incoherente y la autocrítica que él le entregó unos segundos antes de morir a la testigo que lo recogió vomitando la conciencia.

Teresa se fue del velorio, tranquila y segura de que no había llegado ningún pariente auténtico, ni nadie que reconociera los antecedentes de Pancracio. No harían mayores averiguaciones en ese caso en que no había dolientes que tuvieran dinero y tiempo para esas diligencias. Todos los que fueron a retratarse con el difunto no eran más que curiosos noveleros, en busca de aparecer en

los periódicos y para disfrutar de los tamales y el café que brindaba el Alcalde, según ordenaba la Ley de Muertos Anónimos. Teresa a su turno, apenas comentó que lo había visto en un restaurante leyendo poemas y por eso quería verlo de cerca, como a una cosa rara: un poeta que hacía unas semanas desgarraba eternidades de amor y esta noche fuera finito cadáver a punto de ser enterrado con sus verdades a medias como son los neo sofismas de los poetas.

Teresa regresó al lugar de los hechos; los de la víspera y los ocurridos desde que se fue a vivir con Pancracio. Él llegó un día con sus propios sueños desde Canadá, donde habían sufrido frustraciones todos sus versos. Llegó y entró en la vida de Teresa sin darle una tregua a sus locuras; depositó en ella el bacilo inocuo del amor que vilipendian los poetas. Ella le entregó entonces hasta el alma, ingenua creyente de la pulcritud del verso en labios de un esquizofrénico oculto en traje de poeta. Pero Pancracio tuvo el desliz de

mirar una noche otra luna, diferente a las grandes pupilas de Teresa, y cayó en el vacío de la torpe infidencia, poniendo al desnudo que no era legítimo su canto al amor, sino un vulgar chavelero.

Todos esos “hechos”, cosas pasadas, sufridas, en seis meses al lado de él, hubieran bastado para abrirle un expediente a la vida de Teresa y convertirla en convicta y confesa cómplice de la ahora sonrisa petrificada de su acompañante.

Pero el hecho de esta madrugada, en arrebatado contra el medio ambiente, destrozándole una frondosa *arácea* en la testa a ese chavelero de la sublime poesía, se diferenciaba de los “hechos” anteriores, en que Pancracio esta vez ya no volvería a reincidir en sus locuras, atosigando a Teresa con las mismas incoherencias existenciales, sino que este era un hecho... consumado.

Subiendo las escaleras a la planta alta, donde estaba la terraza, Teresa vio los restos de materia

orgánica que Pancraccio había dejado regada sobre las baldosas. Nadie podía imaginar la cólera de una mujer obstinada. Menos, pensar que una ambientalista podría atentar contra la naturaleza de esa forma. Sería obvio que Teresa amaba las plantas como para involucrarlas en un crimen pasional. No podía tener mejor coartada.



EL SEÑOR DE LOS PAJAROS

Inspirada por el reclamo enérgico y ambientalista que un pequeño angelito hiciera a su padre por haber espantado a una madre palomita:

Por. Olga Lidia

Y llegó él un buen día a la vida de todos nosotros sin mucho protocolo ni parsimonia, solamente con sus "chécheres" en cajas blancas forradas con cinta adhesiva y sendos rótulos escritos con plumón advirtiéndolo "cuidado, frágil", y no es para menos, esas cajas contenían su vida: pasada, presente y futura incierta.... Los hilos de la magia y sus amores. Mirada inquieta, movimientos acelerados, parafraseando rápidamente frases sueltas con un acento por todos conocidos y por nadie asimilado en esa familia de seres huraños y desconfiados que le sonrían hipócritamente.

Creo que todos justificaban su rara actitud al nerviosismo del primer encuentro, pero en el fondo todo obedecía a un alboroto de testosterona y el Eros que traía trasnochado... deseoso como estaba por tener en sus brazos lo antes posible a su amada, por la que

había recorrido tantas millas de distancia. Parado ahí en la sala de la vieja casa que fue hasta donde el protocolo familiar le permitió llegar, ni le importaba su apariencia, sus modales o la simpatía que era capaz de irradiar... mucho menos le paró bolas a las miradas curiosas de la familia de la fulana o a la lánguida, enamorada, intrigada y nerviosa mirada de su amada Casta Susana. Y es que a la pobre aunque lo disimulaba muy bien, desde esa mañana al levantarse de la cama la invadía un verdadero shock nervioso y no era para menos, al fin había llegado el día en que su amor a distancia se haría carne y huesos, pero sobre todo carne ardiente, apasionada, testosterónica, erecta, sudorosa e insaciable. La pobre, no tenía la menor idea de cómo encajarían las piezas del rompecabezas familiar y amatorio, sin embargo estoicamente imponía su presencia, tratando de parecer serena y convencida de que todo saldría bien, aun cuando su familia seguía creyendo que se le había zafado un tornillo para irse a compartir la vida, cama y tortillas con este hombre al que apenas hace dos horas pudo apreciar a todo gato color. “Que huevos tiene esta loca”... era el clamor popular.

Así de locos, los amantes se tiraron al abismo sin chaleco salvavidas, sin paracaídas, sin brújula, sin

almanaque de mareas, sin pronósticos, sin carta astral, sin paraguas y sobre todo sin dinero. Así mismo como Casta Susana aprendió a conocer la naturaleza “chulona y descalza”. Será por esa razón que para Casta Susana y su pajarito como solía llamar a su amado, cualquier rincón y un buen petate era suficiente para amarse y llenar sus noches de danza y ron. ¿Qué más pedir? Si a estos locos nunca les faltaba el amor, la confianza y la devoción. Y así los días y los meses juntos aprendieron a derrotar a los ejércitos de metiches, “la abnegada familia”, a los “conocedores y expertos en el tema”, juntos asustaron mil fantasmas, sobre todo aquellos de ojos infinitamente azules, pelo rubio, ojos rubios y dientes rubios que junto a sus querubines vivían pendientes del pajarito y de su predecible arrepentimiento y vuelta atrás de sus locos y apasionados pasos.

Como si nada... paso el tiempo, así como se desliza la mantequilla en la sartén caliente. Vivieron y murieron un año tras otro, en los que fueron los protagonistas de tantos acercamientos y alejamientos, de borracheras, arrecheras, amor, sueños, esperanzas y proyectos. En cada cueva que habitaron escucharon decir “caramba ustedes sí que no” “esto no parece casa” “parece que siempre van de paso”.... Sin embargo aquellos locos

amantes seguían espantando fantasmas y confiando mientras esperaban su propia estrella.

Un día la tan esperada estrella llegó, pero por más que la cuidaron, por más que la encariñaron, le contaron cuentos y cancioncitas, la estrellita sin saber cómo ni por qué, un día se les apagó y una vez más el exilio los llamó... Casta Susana con las entrañas, los brazos, manos, ojos vacíos y el corazón destrozado dejó volar a su amado pajarito... confiando, confiando, siempre confiando, sin imaginarse que de forma mágica, curiosa y misteriosa esa misma estrella fallida los volvería a reunir con mucha más fuerza que antes.

Sin embargo las distancias nunca son suficientemente largas cuando dos locos se encuentran y se llegan a querer de verdad. Las dos sacudidas más fuertes en la historia del terruño de Casta Susana y un par de vergazos familiares y laborales los llevaron de nuevo a encontrarse. Los locos amantes resueltos a empezar de nuevo se plantaron un día con sus pocos "chécheres" en la vieja casa familiar, aquella donde todo comenzó esa soleada mañana de verano, esa en la que por primera vez se vieron a los ojos y estrecharon su cuerpo. Ahí estaban, en aquella vieja casa, una vez más espantando fantasmas, solo que esta vez ya habían

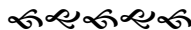
aprendido la lección no le permitieron la entrada a las entrometidas miradas. Fue precisamente ahí, en la vieja casa que el milagro ocurrió... De pronto todo se llenó de luz, de música, de gritos de placer, de amigos, de alegrías y por qué no decirlo, de arrecheras... Sin embargo un día Casta Susana presenció asombrada la metamorfosis de su amado, a quien de repente se le llenaron las pupilas de luz, su sueño se hacía sereno y amorosas las manos llenaban de vida cada rincón del pequeño jardín otrora lleno de matas monótonas y aburridas. Ahora estaba lleno de flores y de frutos.

Y fue que un día Casta Susana se asomó por la ventana y vio a su pajarito platicando con las huidizas palomas de alas blancas, ella no salía de su asombro: parecía que las palomas entendían sus palabras y le ponían atención, sin embargo, ese día nada dijo a su amado, tampoco aquel día cuando lo vio encaramado en una escalera colocando pedestales por todos lados del jardín para que se llenaran de nidos.... Simplemente esperó y observó.

Los días pasaron y Casta Susana vio como poco a poco el jardín de la casa se llenaba de pájaros y palomas. Las huidizas palomas, ahora anidaban felices y confiadas. Los polluelos aprendían a volar sin prisa acompañados

de sus felices padres o de sus solidarios hermanos mayores, ya ni el alimento los preocupaba, parecía que tenían plena confianza en las promesas del “señor de los pájaros”, quien vivía pendiente hasta de rescatar a los más despistados polluelos que en sus primeros intentos por aprender a volar caían irremediabilmente en el agua de la pila.

Fue cuando Casta Susana comprendió que las palomas no olvidaban la promesa del señor de los pájaros de cuidar de su existencia... Hasta entonces dijo a su marido con voz de profeta: De ahora en adelante entre el mundo de las alas tú serás conocido como el señor de los pájaros y las aves vendrán a ti por referencia de sus congéneres, ahora tienes un real compromiso con la vida.



HACIENDO EL AMOR CON LA MUERTE

Voy saliendo Muerte... y te quiero terrenal... Dios es un ideal de perfección y del bien y está en la conciencia de cada quien, no está en ninguna iglesia ni dejó representantes en la tierra, ni escribió nada...y mucho menos esos que llaman sus apóstoles que el más cercano a la vida de Jesús era Marcos y vivió 60 años después.....todos esos apóstoles, analfabetas, simples, no podían copiar las palabras de "Jesús "en una gira de..()), si es que éste hubiese existido realmente.... Así que te quiero inteligente, no mística, no creyente en falsos credos....Tu solo ama el bien, ama a los seres humanos, cree en ti, busca en ti el bien y actúa según eso...y según eso es que te he visto y sentido y por eso esta relación humana aquí en La Tierra... porque tienes en ti el ideal de la perfección....y Punto.

Y yo no estoy viejo ni así me siento...soy infinitamente vivo total perfecto hombre con todos sus sentidos y cualidades dispuestas para el amor y para el dolor...lleno...inmensamente lleno de verdades y de errores... sin tabúes, sin miedos y menos a la muerte...por el contrario me codeo

con ella...compartimos hasta la posible fosa donde me gustaría estar enterrado..... Le digo a ella: amor... ¿sabe qué? quiero estar enterrado en ti. Ella se ríe pícara, coqueta y excitante siempre me hace un guiño, su índice me llama a su lado cada noche y cada noche la sigo amando...



NUNCA EN DOMINGO...

Ella...

Emulata, de un color subido del tono violeta acercando sus reflejos al azul intenso (en la escala CMYK 71-87-89-42, y en la RGB 126-21-237), piel como de una bola de boliche aun en la vidriera, reluciente, reflejando todos los destellos del sol y de las sombras; pupilas saltarinas como granitos de café tostado, rebotando dentro de sus cuencas, casi podía decirse que bailaban al compás de un hip hop. En Venezuela, un escritor solo diría "Coño ¡tremenda negra mi panaaa!" y se ahorraría diez páginas descriptivas de aquel monumento hecho seguramente a mano por un mago. Solo curvas, senos y cosenos, remansos, olas suaves unas, otras... como esas que nos arrastran aunque estemos en la orillita de la playa. De seguro el mago aquellos siete días y siete noches sin descanso, ya desvariaba cuando en medio de sus dos columnas majestuosas, instaló la nave principal de un tempo y, piantao de tantos hechizos, en el altar una exuberante perla, una copa de buen vino; la nave rodeada de humedales, manglares con sus neumatóforos encendidos y algas como velos

celestiales. Cuenta la leyenda que el hacedor de ese milagro murió crucificado de un extraño temblor que recorrió su cuerpo cuando quiso celebrar su creación bebiendo un sorbo del sagrado vino...

Petronio, la vio pasar como un celaje, mientras rebuscaba en el basurero algo que calmara su hambre. Escarbaba las bolsas desde el amanecer como todos los domingos en esa esquina, esperando que la mulata saliera de su casa a las seis de la mañana y cuando la fragancia exquisita de la diosa empujaba su cuerpo contra la pared, Petronio rodaba sobre la calzada como un mendigo de amor sin esperanzas. Paupérrimo transeúnte del delirio, aun sin probar bocado aquella mañana de domingo creyó sufrir los estragos de su agonía. Para el encuentro furtivo de ese día, Petronio vistió sus mejores galas rebuscadas entre los escombros del Mercado Municipal, incluso había lustrado las chanclas y hasta arañado con las mugrosas uñas la hirsuta cabellera. Era un día festivo, se cumplía justamente un año, cincuenta y dos domingos de arrastrarse por un suspiro, una mirada, un requiebro de aquella mujer ébano, redondeces moviéndose cadenciosas, alborotadas, sin piedad ante los ojos licuados, amarillentos, hundidos en las ojeras color

violeta de Petronio, el poeta. Ese domingo, en sus manos se marchitaba una rosa arrancada con brusquedad de algún jardín y un cuadernillo grasiento con cincuenta y dos páginas llenas de garabatos, ilegibles, porque Petronio era además de pobre, analfabeta y su poesía solo podría graficarse en gestos y códigos que el alma podría traducir. Sin embargo soñaba como cualquier mortal enamorado, con este domingo en que la mulata saldría de su casa para ir a la misa de seis, y la primorosa diva, ungida de religiosidad, dispuesta a la redención de su alma, (pues su cuerpo ya era obviamente bendecido por el cielo), ese domingo sus ojos, por algún desvarío inconsciente, se posarían una milésima de segundo en aquel poeta luctuoso, ensombrecido por la miseria de su destino; y este domingo, último del año, campanas tocando a gloria en el corazón atormentado de Petronio, los pétalos de la rosa y el cuadernillo de poemas abstractos, saltaron de gozo cuando la mulata, presurosa por llegar antes del último repique de campanas resbaló su majestad al pisar una cáscara de plátanos y a punto de caer de platanazo en el basurero, fueron los heroicos brazos de Petronio los que evitaron se le rompiera la crisma a aquella fantasía que se hacía

realidad temblorosa como perdiz extraviada en nido extraño, de olor nauseabundo y asechada por la mueca de un rostro agrietado, en el que habitaban dos ojos de cuervo enternecido por la providencia, en ese preciso y único instante de su vida, expresión de loco arrepentido, musitando quizás el último poema de amor también abstracto.

La mulata se zafó de Petronio aun confusa, se sacudió desesperada como quitándose de encima un millar de arañas que lamían su piel, escondía la mirada apretando los párpados, negándose a mirar aquella escena y al monstruo que movía su cuerpo delante de ella. Salió corriendo, a grandes zancadas entró a su casa, dio un portazo y Petronio se despertó de un salto, llevó sus manos al corazón tratando de detener la veloz carrera de sístoles y diástoles, miró alrededor las blancas paredes y cortinas de su habitación, hasta que miró a su lado y ahí estaba su preciosa mujer, lozana piel morena, durmiendo plácidamente entre las sábanas de seda bordadas por los artesanos de *La maison Lesage*, encargados por Petronio para cubrir el lecho nupcial la primera noche de bodas. La acarició, los labios apenas rozando la mejilla de su diosa, miró al

reloj calendario en la mesita de noche nacarada estilo Luis XV. Eran las 6 de la mañana del domingo...

Petronio, el poeta, suspiró profundamente aquel aire fresco que venía del jardín frente a su ventana y siguió durmiendo abrazado al cuerpo tibio de su compañera...



“PÍNTAME ANGELITOS NEGROS”

Pues si, así son de *terribles infants* las niñas que se vuelven mujeres. No entienden, no hacen caso, afortunadamente, pues no seríamos tantos en el planeta, no contaminaríamos la vida de emociones y sorpresas y no existirían políticos ni ambientalistas ni nada de qué hablar en realidad. Imagínense que hubieran hecho caso a sus abuelitas de andar con angelitos..... una generación de querubines hubieran parido, aún hoy con sus arquitos y flechas atravesando corazoncitos. No se hubiera desarrollado esta fantástica carrera armamentista. Ni moriría nadie de infarto, de stress, de cáncer o por pendejos fanáticos, sino que ¡Zas! llega el querubín y le atraviesa el corazón a las carajitas y listo. Desnuditos los cabroncitos con sus pipicitos chiquititos y sus caritas rosadas.

Sin vampiresas de quien cuidarse, sin inútiles ratas de dos patas, sin ¡brujas! ¡Te imaginas!, ¡Sin víboras!....No hubiésemos tenido a un Carlo Magno ni a un Adolfo....todos con sus alitas.... ¡NI INFIERNOOOO!...¿?... ¡No!

Definitivamente la naturaleza las hizo casquivanas de nacimiento, coqueteando con sus ácidos mortales, y a

nosotros infieles ¡siempre buscando la muerte carajo!
Creó hembras y machos que nos convirtieran en
paraíso la pestilencia de las entrañas y naciera el tango,
el bolero, las rokokas, el despecho; y Héctor se robara a
Helena, el pendejo de Romeo muriera como tal,
Napoleón fuera derrotado por Josefina.... y todo este
planeta sufriera de la inmensa alegría de haber vivido,
contaminado de los excesos de la pasión humana, en
este ambiente sórdido, sombrío, deforestado y ebrio,
disfrutando de la delirante bohemia con la cabeza
hueca...



¿QUÉ HACEN AQUÍ MAURICIO Y ROBERTA?

Él, de los brujos alucinados por la magia de la naturaleza en crear sus pensamientos y la Roberta embrujada Maestra del canto jondo; ahí, simplemente complicada recordando a María la loca del barrio y su eutanasia bendita plaga del averno, después del ingreso de todas las estereotipadas vírgenes del siglo XIV, siempre engatusadas por el machista responso de los nobles cartesianos y sus huestes asesinas del ambiente natural en la piel de doncellas célebres. Era vino !claro!, excelente vino también envasado el que bebió Mauricio el otro loco de mi infancia, recostado del escaparate en su cuarto escondido juventud divina primer vino que bebíamos y nos emborrachamos brindando por la misma Stela Rojaimoro de la que nos habíamos enamorado, pero ella sin escrúpulos como deben ser las mozas en flor, ya tenía otros sueños, aquellos espartanos rígidos pero más responsables que Sergio y que yo; el más abandonado de los borrachos en su borrachera despechados por las ninfas y las Azucenas.

Siempre en la misma onda galáctica u oceánica haciendo, construyendo, edificando el amor imaginado entre los dedos, entre sábanas blancas como la piel de Roberta. Hasta que María la loca se volvió cuerda donde colgaba su cuerpo una mañana en el establo de la hacienda de los López. Allá habían caminado sus pasos desde que se fue para no volver caminito amigo y ya la cuerda no podía quitársele sin que se desprendiera su cabellera sedosa y los aretes de brillantes que le regaló Patricio en el restaurante de Poncel, la última vez que se vio loca por él.

No me explico entonces la presencia de estos adefesios adornando el salón de juegos. La lámpara traslúcida que encandila los ojos de Roberta y se los pone rojos como si hubiese llorado toda la noche del viaje sobre las ancas de la mula negra. Menos la presencia de Rufino Fombona y la maliciosa negra de ojos saltones y eterna sonrisa bañando de colores los arpegios de esa lira trenzada y agobiante con sus tintineos de cuerdas angelicales. Es una verdadera inquietud de las hebras, las cuerdas, la locura y el verso hirsuto y necio de estos dos cadáveres enseñoreados de pestilencia. Inauditos plumajes de cuervo engalanado de espadas en su

graznar, lanzándolas al vacío sin miedo de atravesar la garganta de los poetas...



ERES ARCOÍRIS O LOBO

El arcoíris apenas refleja siete colores difusos, casi mágicos, inspirador de sutilezas y fantasías, es un espectro de luz con explicación científica, pero aun nos conmueve, emociona y viajamos en un caballito de madera o alas de Pegaso hasta subirnos en su cresta. Es un recuerdo infantil como todas las visiones nuevas, descubrimientos y sortilegios que nos iba descubriendo la vida. Inocentes como los primitivos, sin encontrarle una explicación, pues igual que los truenos y las centellas producían miedo en nuestras almitas: como los primeros habitantes creamos alrededor de esas fascinantes apariciones todo un misterioso endiosamiento y sacralización. Algunos más avezados se inventaron calendarios, biblia-tecas y hasta ideologizaciones que se constituyeron en verdaderos catálogos para el comercio de lo amado por desconocido: Religiones inventadas por los infieles a las verdades posibles de los

otros, negadores del abismo entre sus monotemáticas aproximaciones y los productos matemáticos de las ciencias exactas: La realidad.

El lobo, habitante siniestro de un cuento donde finalmente llega y se come a las inocentes ovejitas de un rebaño, o se come los cerditos, las abuelitas. Personaje de afilados dientes, siempre lengua afuera, babeando, jadeando desesperado detrás de una presa. Recorre leguas y leguas hasta encontrarla desprevenida y serena. Si porque nadie activo en permanente movimiento su inteligencia se dejaría atrapar por un lobo...Menos si alguien le ha dicho toda la ida: Ten cuidado con el lobo mi amor, no te alejes mucho, no te vengas tan oscuro, no hables con extraños...Ah porque muchos extraños en las noches de luna se convertían en lobos. Sin embargo no era extraño encontrar al día siguiente una ovejita macilenta que fue atrapada por uno de esos cánidos, toda maltrecha, desgarradas sus vísceras viscerales; el noticiero siempre la etiquetaba de "descarriada", y

los deudos y las deudas de la desdichada siempre declaraban en la vela, todas para una, es decir al unísono, en un coro luctuosamente cómico. ! Y tan buena que eraaa! y buaa buaa... -

El reportero- ¿Pero ustedes eran sus amigas?

"No, nosotras somos lloronas profesionales señor, mire aquí tiene una tarjetita, cuando sepa de una ovejita muerta descarriada nos llama..."

- Y como fue eso... que pasó con esta criatura, ¿Cierto que fue un lobo?

-Bueno yo le voy a decir, la verdad es que esta ovejita era muy traviesa y dice su mamá, aquella que está allá, que siempre la aconsejaba pero no hacía caso... Mire la verdad que no fue un lobo sino que ella tenía un amante ovejo pendejo que siempre la esperaba allá, donde usted ve aquella Ceiba, más allá de aquellos matorrales donde se esconde el arcoíris. El ovejo vivía allá más allá de aquellas montañas, ¿usted las ve?, pues ellos

siempre se encontraban detrás de la Ceiba, y eran felices como las lombrices. Pero un día el ovejo pendejo no vino a verla y esta oveja ahora pendeja y muerta se desesperó y empezó a hablar mal de él en el vecindario, andaba como una loca por las calles de la ciudad: !Beee beeee beeee! gritaba, una vez hasta se cortó de un tajo toda la melena y ahí la veíamos en cueros corriendo de un lado a otro, vociferando, inventándole ovejas al ovejo pendejo; difamando al pobre bicho, despotricando irracional sin saber que al pobre ovejo pendejo se le hubiera o hubiese quebrado una pata en sus correrías o sencillamente estaba probando si eran verdad todas esas monsergas, habladas, propuestas y planteamientos ovejunos sobre la paz de las ovejitas, la paciencia de las ovejitas, imagínese usted todo el mundo contándolas todas las noches antes de dormir, pues imagino que nadie puede tener más paciencia que una oveja contada mil veces toda la vida por un poeta insomne, pues esta que usted ve aquí era una de esas muy contadas que

soñaban con el poeta contaba con ella para dormir placida y serenamente el resto de su vida. Así que imagínese usted como podrá dormirse el poeta con una oveja menos.

- Bueno pues se buscará otra oveja para que le salgan las cuentas y pueda dorm...zzzzzzzzzz

- No, no, usted no entiende. Es que esta oveja que usted tiene aquí, supuestamente era la más paciente enamorada del sueño del poeta que el poeta tenía. Imagínese que era tan paciente que el poeta, siempre tan distraído, como son los poetas, muchas veces perdía la cuenta y ella se regresaba mi querido amigo, se regresaba hasta donde él había perdido la cuenta y le decía: "mi amor vas por cuarenta y cinco mil novecientos treinta y siete.....treinta y ocho treinta y nueve..." y se iba nuevamente en la nube de sus sueños y los del poeta....hasta la noche siguiente. Por impaciente anoche pasó por la ceiba y la degollaron, la borraron de todos los sueños....

“LA PALOMA QUE HIZO ¡CU! ¡CU! RRUCU.. CUUUU”

Cumplió setenta años conmigo, vino en el combo de mi nacimiento, envuelta toda como garantía de su virginidad; intacta: de que nadie había hecho tacto sobre ella, que era totalmente nueva. Reluciente su nidito, la cabecita y toda ella blanca y oliendo a Menem, porque la enfermera mientras me limpiaba de rigor para entregarme a mi madre volcó un bote de talco y ahí estaba sobre ella en su envoltorio junto a todas esas cosas que llenan a los niños cuando nacen: El Aceite, algodones, hisopos y otros regalos de mi abuelita. Creo que apenas abrí mis ojos y empecé a recorrer con mi vista todo lo que me rodeaba, ahí encontré mi palomita sacando su cabecita, recordándome la hora de comer, de dormir, y así casi todo el día me acompañaba y me sentía muy contento cuando la acariciaba. Hasta la hora de dormir, que mi madre se ocupaba de guardármela, ponía los alfileres en el pañal y me decía: “Bebé deja de jugar con la palomita, ya es hora de dormir, déjala quieta, cuídala que la vas a desgastar.

Al correr de los años siempre la tuve conmigo, y la llevaba a todas partes donde me mudaba. Claro desde

muy temprano había perdido su calidad de “intacta”, y había perdido aquella lozanía, la fuerza eréctil y la exactitud de sus compromisos de salir en el momento exacto, en la hora exacta cuando yo necesitaba que me recordara esos compromisos, muchas veces con la vida, en el trabajo diario, o incluso a las citas infieles donde a veces tenía que acudir y con más seriedad, eréctil, su cabeza indicaba repetidas veces el cumplimiento de mi deber. Era la forma como yo salía casi siempre bien librado de aquellos menesteres cotidianos. Pero en la medida que mi palomita había perdido sus capacidades mecánicas, falta de lubricación, mantenimiento; con el pasar de los años igual que yo, ella perdía todas sus facultades, hasta ayer, un treinta de diciembre, por cierto, mi cumpleaños septuagésimo dejó de funcionar y no pude escuchar más su alegre qu qué, auténtico, cantarino. En su última salida al mundo solo se escuchó un cu cu rrucucuuuuu, patético, destemplado y como una canción triste y gangosa de despedida. Recordé a mi abuelita que me la había regalado el día de mi nacimiento y la tarjeta celeste con la sentencia *“hijito para que nunca se le olviden sus compromisos con la vida”*

MIS NAVIDADES EN LOS PÁRAMOS ANDINOS...

Nací en los páramos andinos de Venezuela.
La Grita Edo. Táchira.

Una de las tradiciones más maravillosas desde temprana edad eran las fiestas de navidad: El nacimiento del Niño Jesús. Cada año esperaba esas fechas con gran ansiedad. Casi todo el año soñaba con ese día, esa noche: La llegada del Niño Jesús, que tocaría a la puerta justo a las 12 de la noche y yo que al principio dormía pero luego estaba muy alerta, haciéndome el dormido para salir corriendo a ver lo que el Niño Jesús me había dejado en el Pesebre.

Fechas en que todo era luces de colores, Aguinaldos (villancicos), niños que llegaban a la puerta cantando y luego recibían de nosotros un caramelo o algún dulce que había hecho mi abuelita. Era una gran fiesta porque se reunía toda la familia donde estuviera la abuelita. Todos

alrededor de ella que desde muy tempranito, casi de madrugada ya prendía el fogón para darnos calorcito y comenzar a cocinar los dulces, hacer la chicha, las arepas, Hallacas, bollitos, empanadas y todas esas ricuras que comeríamos en la cena de navidad, una vez llegada la hora del nacimiento. Nacimiento también llamábamos al pesebre, o establo...Y me hice experto haciendo nacimientos cada año. Claro los primeros años los deshacía agarrando las ovejitas para jugar con los angelitos y los metía en un pozo.....Pero después aprendí todo sobre construir ese pesebre humilde, que según me contaba mi abuelita cada año, donde se habían ido a refugiar los papás del Niño que unos enemigos de ellos no lo querían dejar nacer. Y había todo un ritual en armar el Nacimiento, atendiendo a lo que contaba el misal de mi abuelita. Había todo un orden de llegada desde los pastores que ya lo esperaban hasta los tres reyes magos que venían en camino y los teníamos que poner lejos y los íbamos acercando poco a poco de manera que estarían en la puerta el 6 de

enero. El Niño Jesús no se colocaba en su catrecito hasta las doce de la noche, o se tapaba con un pañuelito. Algunas veces jugábamos "al niño perdido y hallado en el templo", pero recuerdo que la mayoría de los años yo lo escondía y tenían que ir a buscar otro en la quincalla, porque lo había ahogado en el pozo o lo ponía a navegar en un riachuelo cerca de la casa.

Hasta que una noche de navidad, me hice el dormido y cuando tocaron el postigo en señal de la llegada, salí a la salita y vi a mi abuelo colocando los juguetes. Era una zaranda musical y un libro para colorear. ! Gran frustración!.. Siempre había imaginado un niño como yo, que por sus dotes gloriosas de ser hijo nada menos que de Dios, llegaría iluminado, montado en un burrito y atrás una recua de burritos cargados de juguetes. Y me devolví al camastro y lloré amargamente sintiéndome engañado.

Pero en medio de mi llanto pensaba en esa Zaranda espectacular y ese bello libro de cuentos....así que regresé a la sala y mi alegría llenó de felicidad a todos viendo mi desesperación por quitar el envoltorio y de inmediato poner a girar la zaranda y quedarme extasiado viendo los muñequitos que se movían y escuchando esa música silbando al viento mis oídos infantiles.

Pensé entonces (problema mío siempre pensar) que no diría nada a nadie sobre mi descubrimiento, pues si sabían que yo sabía ya no llegaba más ese niño abuelo y me quedaría sin juguetes los próximos años. Así que mucho tiempo mantuve mi secreto.

Pero todos mis años cada año de mi vida infantil en estas siete décadas formidables, estuvieron las navidades llenas de luces multicolores, abrazos de año nuevo, gran alegría compartiendo con mis hijos, toda la familia y amigos... y nunca faltó un

Nacimiento hasta que llegaron los "arbolitos" y el cuento de un tal Nicolás que venía en trineo desde muy lejos cargado de juguetes para más de seis mil niños en todo el mundo. Siempre me impresionó en la infancia semejante portento y luego que se trataba de un señor muy panzón y que entraba en esos mil millones de casitas por la chimenea. Claro que me creó un gran dilema aquella historia, sobre todo porque todas las chimeneas además de no tener más de cuarenta por cuarenta centímetros tienen un techito para que cuando llueva no entre el agua e inunde las casas.

Pero en fin hasta muy grande y como padre ante tales fantasías yo seguía haciéndoles nacimientos (pesebres) a mis hijos y les sembraba sus sementeras... Estas eran unas macetitas que se ponían alrededor del nacimiento desde quince días antes, sembradas con semillas de frijol o de maíz; justo al llegar ese día de navidad prendían las plantitas y eran la señal de que el año

siguiente habría buena cosecha, bendecida por el nacimiento del Niño Dios.

Claro que era más lindo y hasta creíble el cuentito del Niño Jesús trayendo la dicha a nuestro hogar, montado en un burrito, se bajaba del burrito, entraba dejaba los juguetes y antes de marcharse tres toques al postigo de la ventana.....

Hoy me siento el hombre más triste del mundo. No hay luces de colores, ni cantos de villancicos...



¿QUE ES INSÓLITO? UN EMIGRANTE PASANDO
“MOJADO” A EL SALVADOR... (No es cuento)

Del país tercer exportador de petróleo del mundo, primera contradicción para denominar mojado a un inmigrante, Petronio el poeta, sin vergüenza de nacimiento, se ha dado el tupé de cruzar por el río Paz en la frontera de La Hachadura, Guatemala, con sus tiliches enarbolados sobre su cabeza, pantalones arrollados y descalzo, buscando en El Salvador nuevos horizontes, oportunidades para su vida, pensando en el “Sueño latinoamericano”: disfrutar de las riquezas cafetaleras y comerse unas pupusas de queso y revueltas. Llegar al gran Mercado Central, establecerse en el negocio internacional de venta de bananos hondureños, mamones chinos o en la insuperable empresa maquilera taigüanesa.

Toda esta visión pasó por la mente de Petronio mientras vivía en Montreal, Canadá, a menos

treinta grados de temperatura. En aquella metrópolis primermundista, donde rascacielos y urbanismo súper organizado, era una organización de congelados humanos, y el espíritu de Petronio no se conmovía, no vibraba al ritmo de aquella sociedad domesticada. Así que sus experiencias en el andar de aquella urbe con los migrantes salvadoreños, las narraciones épicas de su historia, su bondadoso corazón y el magistral Poema de Amor de Roque Dalton, encantaron a Petronio de tan mágica manera, que su primer gran amor lo encontró a través de las redes entre las fronteras de aquel diminuto país centroamericano y sin pensarlo dos veces se fue al encuentro con ese sueño.

Era el único país de América donde le pedían visa para entrar y esto no lo previó en su aventura, así que se decidió por el tráfico ilegal de su humanidad. Y como buen latinoamericano esta posibilidad se hizo costumbre cultural en sus entradas y salidas. Ese día se bajó a medio camino

cerca de la frontera y atravesó el río. Hoy tiene 18 años viviendo en El Salvador. “Feliz e indocumentado”, como dijera un día García Márquez.



EL ROEDOR

La posibilidad de refugiarse en esa vitrina ofrecía ventajas por la invaluable mercancía contenida en ella. Nadie se atrevería a sacudirla; no moverían con rudeza los objetos por temor a causar una catástrofe. Perseguidores, aún desesperados, no osarían traspasar esa barrera.

Pero la vida no podía disolverse siempre en supuestos y esas horas sin oxígeno no eran nada atractivas ni para un roedor. Estaría a salvo un tiempo, sin embargo. Quizás abandonaban pronto la búsqueda temiendo la proximidad del alba, así que nuestro personaje decidió lanzarse a través del ducto de aire y salir detrás de ellos sorprendiéndolos con un chillido esquizofrénico. El túnel vertical y transparente permitía extasiarse cuando descendía en espiral lenta a buscar algún desecho o a saciar la sed en el lavamanos. Ahora, su desprendimiento por el eje produjo una

sensación irritable en la piel. En dos segundos su cuerpo se aplastó contra el piso.

No llamó la atención. Ya despuntaban signos de aurora y no había tiempo para pequeñeces. Aún mareado quiso subir hasta su guarida pero no tuvo fuerzas; se metió en la primera gaveta del viejo armario.

El sol invadió los rincones opacando las vidrieras. La pausada sonrisa de transeúntes fue convirtiéndose en estruendosa ebullición de masas humanas, mecánicas, traficando desprevenido el espacio circundante de la ciudad. Surcaban el aire primaveral dejando rastros de su peculiar atmósfera nauseabunda. Transportaban viandas inverosímiles desde cualquier rincón a todo el universo urbano. Tejían filamentos que se enmarañaban amorfos. El pánico, secreciones, estridencia, arrastraba la marabunta hacia el clímax meridiano.

Ninfas olvidadas bloquearon a un hombre taciturno elevando sobre la manada de pensamientos eróticos sublimados... Humedad fría de poros.

Mientras caía la tarde, el roedor recordaba a su amada Marilyn: “sabía que estaría templada donde hundiera mis dedos. El vientre, tobogán vertiginoso hasta caer en su profundidad real la filosofía. Allí se deslizaron frenéticas mis concepciones. Sin darme cuenta, la razón perdió el sentido...

Nada nos unía - ¿Verdad Marylin? - Era esa pendiente prioritaria la que detenía inútiles sofismas, arriba, en el umbral de su magia... - No entrarán contigo la consciencia ni la sabiduría - solías advertir- Dios está en la antesala esperando el beso Divino; no entrarán jamás por impuestas, la moral ni la ética. Solo tú y Dios serán espectadores de esta maravilla de la naturaleza, que nació en mí y llamaremos amor - sentenciaba

ella con humildad.- Murmullos, entonces, retozaban en nuestros labios. Éramos amantes infieles, infinitos, sin eternidad, cautivos irracionales de una pasión transitoria, como tenían que ser las pasiones entre roedores. ¡Ah!, Ya no existes. La abstracción se pierde en la nube ácida de excrementos que respira la ciudad... -

El Roedor salió del armario a buscar agua. En estos casos, a plena luz, los laberintos era más intrincados, pero conocidos. Cuestión de tiempo. El surtidor estaba invadido por innumerables manos que intentaban purificarse; El roedor reflexionaba: “opíparos generosos alimentan mi estómago hasta extenuar los maxilares...” - Hemos cenado en paz -, oran mis amigos - murmuró apesadumbrado el roedor.

Regresó a sus habitaciones dejando en el camino las inconfundibles huellas que el hombre descarga en el río. “Somos iguales -piensa un instante - la diferencia está a la hora de amar”.

Zafiros y rubíes fueron a ensartarse esa mañana en cilindros de carne y huesos; adornaron manos vacías. Colgaron pusilánimes prendas sobre cuellos pusilánimes. Así fue llegando la misma tarde de ayer, sintomática en la policromía crepuscular. Monótonos cabellos muy rubios. Pupilas azules aberrantes empedernidas daban continuidad al ocaso, apagando desvaríos insensatos en sus recuerdos.

El roedor sintió el peligro de la noche anterior. Entró en el sopor de la hipnosis; débil ante los exquisitos aromas seductores y las misteriosas ondulaciones mortales, entregó su alma roedora en las vertientes insólitas, devorado sin piedad por la voráGINE felina.



EL MÁS PEQUEÑO

Antes de partir miré atrás, indiferente, con el mismo involuntario movimiento de rutina, cuando nos levantamos y giramos para mirar por última vez, por reflejo incondicionado, como si esperáramos ver el alma aún sentada en el mismo sitio. Como si dejáramos un pedazo de nosotros en el lecho.

Esta vez me llamó la atención la desnudez y la soledad de él, danzando poéticamente en una sinfonía de nado sincronizado, acompañado dulcemente por “el vals de aguas tranquilas”, dándole gracias a la naturaleza por haberse salvado en el torbellino de la víspera, que lo hubiese arrastrado por laberintos infernales, hasta disolverlo en el anonimato.

En aquel ballet exquisito, sin embargo, miraba en sus ojos una profunda tristeza y una súplica a mi bondad. Era tan pequeño, tan indefenso; diferente

a todos los que había visto desde que me deleitaba en mis juegos infantiles. Su cuerpecillo acusaba la tragedia de una vida desordenada desde su origen. Su palidez hongosa y amarillenta reflejaba los prolongados desvelos y las tristezas acumuladas; las constantes resequeadas y deficiencias nutricionales en su largo y tortuoso camino, hasta encontrar la paz en aquel diminuto lago volcánico. Definitivamente lo que me paralizó ese instante fue su pequeñez y fragilidad. Ese era el espejo de mi cuerpo maltrecho en su fase terminal.

Se que me pedía a gritos que lo rescatara ó que lo dejara al menos vivir en paz, diluyéndose en el agua. Imploraba a mis restos de piedad que me olvidara de él...simplemente. Que no cargara su muerte definitiva a mi conciencia. Quería disfrutar los últimos minutos de aquella sublime danza en espiral alucinante...girando y girando inconsciente...y olvidarse de todas las guerras,

conmociones y explosiones por culpa de mis locuras.

Yo no podía permitir que muriera feliz. Mis instintos criminales y mi ego eran más poderosos que la bondad. Sentía envidia de esa paz. No podía regresar yo al remolino de vida de la que él se había escapado y dejarlo en ese limbo, disfrutando de una muerte placentera. Así que verdugo bajé la palanquilla y cerré la puerta detrás de mí con un... ¡Hasta siempre!.



UN DÍA EN HIGHLAND

(verano del 97)

¿Dónde están los proyectos realizables?
¿Aquí?... ¿Frente a ésta ventana
anodizada, escuchando una ópera extraña?. El
lago imponiendo grises al paisaje de verdes
serenos y verticales; melancólicos por la
proximidad del otoño. Saben que muy pronto
congelarán su alegría hasta el siguiente verano.

¿Dónde está el espacio poético habitable? En las
laderas, o al final de los acantilados donde se
despiertan los castores a represar el tiempo cada
día.

¿Por qué es insoportable la soledad?. No hacemos
oficio de ella, sumergiéndonos en la epidermis de
la tierra, clavando la mirada en los agujeros que
vamos dejando en cada regreso. Haciendo
puntadas muy cortas entre el destino y el
recuerdo, hasta coser la vestimenta mortuoria,

Es ahora la Sonata No. 1 de Bethoven sesgando la naturaleza con sus violines, para dejar la claridad posible desde la ventana. El lago ahora es azul, y refleja los matices luminosos de un día. .. Aún sin responder la pregunta de la aurora: ¿Dónde están los proyectos realizables?... Pienso entonces que en el castor cuando va a dormir y cuenta los milenios de castores represando el lago. La vida en fin de cuentas viene con su proyecto particular incluido: Serás roedor y talarás un millar de erables, construirás barreras para detener los instantes y mañana tu sueño amanecerá disperso. ¡Serás castor!... o serás gaviota emigrando al comenzar cada invierno, hasta el final, cuando tu piel sienta que es tu último invierno y emigrarás entonces al centro del universo, convertido en cosmos; formarás parte de ese infinito de proyectos irrealizables navegando otros sueños, en el océano, sobre un extraño velero...

Terminan los acordes de la Sonata y el azul de la mañana en Highland se hace más real de contrastes.

Cabizbajo, enterrando mis pensamientos en el camino, salí de la habitación al despuntar el alba, clavando las uñas en el lodazal hasta encontrar el agua cristalina del arroyo, vertiente arriba, al pie de la montaña, a buscar esa corteza fresca de dulce savia, llevarla una vez más como todos los días, hasta la garganta del río para seguir construyéndole represas al tiempo.



SONRISA EN TRES TIEMPOS

Era un hombre vestido de payaso, la blanca sonrisa dibujada alrededor de su boca, que colocaba su cara frente a nosotros, detrás de una cámara de sonrisas. El flash número cincuenta mil en las manos del niño.

A través de un visor, la mueca mercantil del intruso, estaba muy lejos de parecer sonrisa. “No tenemos dinero”- respondimos, tratando de no despertar a los muertos. El hombre disfrazado de payaso se quitó el sombreroín, los tirantes, los grandes zapatos; lavó la nívea sonrisa y se dispuso a contar el producto de cuarenta mil novecientas noventa y nueve impresiones fotográficas en su vida. Se fue hundiendo en su fosa, cabizbajo y con una sonrisa melancólica, de despedida.

Recordé en aquellos instantes, mientras enterraba los sueños, cuando en las Colinas de Tatemulco,

ella era la novia... Frente a ella aparecía el manto gris azulado de la tarde. Las abejas extirpaban el último pistilo, ansiosas por regresar a sus casas. Ella suspiraba, inhalando somnolencias circundantes y el humo espeso del cigarrillo entorchado en los dedos.

Intentaba mirarse con una sonrisa compasiva, pero era imposible eludir la tragedia de soledad de esos diez años, amando un desconocido. Casi desde el mismo instante, cuando él dijo adiós, un arado comenzó a surcar su piel.

“No hay poemas nuevos...” - Quiso preguntar como para recordar los pasos luminosos a través de las montañas escarpadas, en busca de sueños. La frase no tenía el suficiente énfasis, quizás porque vinieron a su mente los fantasmas que la aterrorizaron en esa aventura.

Silvino trajo otra cerveza, terminó la música y continuamos aquella noche en silencio. Sólo las

manos hablando diálogos a veces conocidos. Los labios buscándose para herirse.

Tlatemulco comenzaba a oscurecer. Las cayenas esperaban sensuales como si despertaran de la cotidiana pesadilla de Sol. Ella debía remontar las colinas esa tarde. Se lo prometió a Willian Centella antes de morir.

Deseaba retener un segundo más el beso de rutina, pero ya estaban sus caderas asfixiando el gris contra la puerta de la taberna. Mis manos apenas retornaban de la agradable experiencia de jugar sus contornos; aún embebidas las falanges en una especie de turbación, giraron hacia mi buscando respuestas... -"Se fue, tenía que irse a buscar la muerte, como todas las tardes. Con su sonrisa de otoños acuestas..." - Les respondí y comencé a imaginar volúmenes al final, más allá de la noche.

A la sombra del viejo cují, las cayenas depositadas por Rebeca, prolongaban su existencia hasta la tarde del día siguiente, cuando ella, taconeando con furia el empedrado, pasaba frente a las oficinas de su padre, rumbo a las Colinas de Tatemulco, para depositar otro manojito recién cortado, aún sangrante.

Los desvalidos enterradores hacían sepulcral silencio esos instantes lóbregos llenos de oraciones interrumpidas por el gimoteo de la novia. Se detenía el tiempo; el cují dejaba paso libre a la brisa y los colibríes podían libar néctar con asombrosa tranquilidad.

Cada tarde, la inmovilidad circundante era más pétrea. Cada día el toc- toc en la Calle Real, era más acompasado. El Jefe Civil de Tatemulco era ya un retrato tras la ventana, hasta que se descorría el crepúsculo y bajaba la novia de las colinas, con una expresión de alegría en sus contornos sensuales.

Un amor equinoccial
Quizás embriagado siempre

Ella era la novia
Yo escribía los versos

El tren de San Petersburgo
Las alondras en la plaza
Los senderos de Tatemulco
Alimentaban los recuerdos.

Bajo el cují de la colina descifrábamos el misterio
de este amor sin sentido, antipoético, sin
equilibrio...Sin tiempo.

Era abstracto el silencio. Ella extraña en el
silencio.

Sólo quedó la risa escatológica, del amor en tres
tiempos, atormentándome desde su tumba, de
impecables olvidos.

EN LAS ESPERAS

En algún lugar muy cercano a éste tiempo, me está esperando un árbol o una robusta viga de concreto. Dispuesta la tarde a enredar un cordel amarillo de esos que ella usa en viajes de campo y yo impune, irrespetuoso, intruso destructor de bienes ajenos, que bota los cuchumbos, los tambos y los papeles viejos, seguramente cortaré a la medida de mi estatura más dos metros, suficientes para pendular este viejo cuerpo lleno de culpas y recuerdos, en el vacío de la galera donde crecen las begonias y los helechos.

En el poniente de la cama, extendidas las macizas piernas morenas, el vientre palpitante, el corazón golpeando los redondos senos, un sueño de pétalos violados por hombres serpientes... me espera el amor dulce de sus entrañas para llenar mis labios de ese néctar sorpresivo siempre. En este instante crecen en su pelo raíces de jícama dormida en el patio, pariendo salvajes hebras que

enredarán mi cuello, asfixiarán los besos y quizás muera la primera muerte verdadera.

Pero ahora estoy lejos de aquellos buenos tiempos, cuando me amabas y yo tenía tus besos...

Hoy en los rincones de la ciudad, en las plazas, en los escombros, entre perros pepeneadores, viejas y viejos pepeneadores, tengo reservado un exquisito espacio para echar al suelo mis telas pintarrajeadas de hambre y dormir mis sueños de poeta hasta la mañana siguiente. Ahora no voy a los conciertos ni a las repetitivas exposiciones donde van los culturientos. Ahora veo a mi lado a esos poetas de Baudelaire y Vallejo, como fantasmas semidesnudos, roñosos, baboseando guaro y la mirada perdida en la espesura de sus versos. Ellos me esperan para pintar la noche de silencios. No tendré número que identifique la vida. No tendré que lavar los desteñidos trapos que cubren los restos de vanidad urbana. No tendré más esperas. Sólo esta morada luminosa y

solitaria espera mis ansias de no vivir más la vanidad de ustedes los poetas betseleres, de sonrisa oficial y destino oficial. Desde la calzada aspiraré hasta el éxtasis ese humo oscuro que gentilmente me obsequiarán sus bemedoblevés.

Otro amanecer, si amanezco vivo, además de pie mirando al sol, entonces sacaré de mi bolsa una de esas mantas benditas y sacrosantas que le robé a mi amada y ese día intentaré empezar mi trigésimo segundo negocio, que quizás esta vez si me haga rico y muy importante: Limpiaparabrisas. Con la sacrosanta manta izada, cuando el semáforo esté en rojo y tu estés detenida unos instantes de tu irrefrenable vida. Yo haré una mueca de dolor y alegría que te indicará exactamente mi hambre y tu recordarás entonces la monserga cristiana de darle de comer al hambriento y sacarás de tu bolsa una pistola y bajarás el ilegal polarizado, con la rapidez que bajabas los calzones veinte años antes; y meterás en mi boca de alegría de novel comerciante, ese

grito implacable de los ricos: !CABRÓN APARTATE DE MI CAMINO!. En el estallido y antes de ser verde tu camino, tus ojos brillarán como si algún vago... recuerdo hubiera explotado en el encuentro. Ya en la distancia, tres cuadras al interior de San Benito, volverá a tu mente el estrepitoso chasquido de vísceras y notarás mis ojos en tu parabrisas, deslizándose aún expresivos pero viscosos. Ya muertos.

Claro que yo te reconocí en el tiro, pero el cañón frío de tu olvido en mi paladar, sin haberme comido siquiera una pupusa aquella mañana, hizo que mi cerebro, siempre obediente a mis instintos, enviara un mensaje a las papilas trasnochadas para que funcionara el aparato digestivo; y lo que siguió fue un estruendo que confundió las balas con frijoles y mi vida de esperas con el éxito. Pero eso si, poeta al fin, te dejé mis ojos con la esperanza de que me recordaras tres cuadras adelante, cuando entraras a la casa de tu nuevo amante.

¡OHI! POESÍA INSERVIBLE

Cuando la poesía no hiere, no perturba la razón, como la poesía aséptica de ese insignificante nombre del común de los hombres que “pasaron por la vida como viajeros que van en posta”, están admirando entonces un paisaje desierto. Si leemos una receta de cocina o las letanías o los chascarrillos de cualquiera sobre la necesidad neurótica de babosear el sexo con palabras ágrafas, discordantes y monotemáticas de senil impotencia, estamos frente a un paisaje verdoso, excremental y ocre, pero no presenciamos la magia del verso.

Cuando la poesía no es terrorista y no socava las cavidades que deja el disparo, buscando los gusanos del criminal de guerra, para asesinarlos, no vaya a ser que prolifere de nuevo una generación de gusanos oficialistas, entonces estamos ante un paisaje de hominicos blandos y conformistas, pero no ante un poema.

Cuando la poesía no llega a las entrañas de lo amado y no desordena los esquemas de la vida, estamos en un quirófano escuchando idiotizados “los latidos del pájaro”, mientras al corazón abierto le instalan un marcapasos. Porque hace tiempo que el poeta Barnard descubrió al farsante recitando: “sístole diástole sístole diástole”, los únicos y monótonos fonemas de esa engréida víscera hasta que el bisturí calló para siempre el refugio de los poetas almibarados.

El poeta, entonces, tiene el mandato de la Divina Providencia del Averno, de arrancarse la piel y alimentar a los cerdos antes de declamar un verso. Violar la palabra sacralizada de los gorilas que masacran pueblos y escupirle palabras en lenguaje exacto y concreto. Ese lenguaje subjetivo y utópico, excelso y eterno, en el que sólo respiran los cadáveres condenados al infierno. Este hábitat de malditos irredentos, tercos poetas que jamás contaminan de vanidad su cerebro.

AVES MIGRATORIAS

Sin mirarnos a los ojos
Los tuyos grandes, alegres de alegría fugitiva,
los músculos de los párpados haciendo esfuerzos
para mantenerlos abiertos, expresivos de efímera
circunstancia.

Los míos anhelantes en busca de un deseo
atropellado,
inconsciente, aventurero y errático
que saliera de tus labios.

Mis ojos reflejando miedo a las distancias.

Mis ojos miraban tus ojos cada instante y siempre
encontraban en ellos una historia de amor
desventurada o la imagen de un ser amado sin
respuestas en la mirada.

Tus sueños soñados y por soñar, los míos soñados
y por soñar. Todos danzantes en carnaval de
niños tristes, agolpándose en las pupilas
dispuestas a llorar.

¿Mi musa?

¡Cuántos paisajes pueden inspirar a un poeta!
¡Cuántas musas colorean el mundo de un pintor
de sueños!...

La vida, sin embargo, continúa eclosionando
versos.

Cuántos amores imaginados en tu alma y cuántos
vividos en el purpúreo éxtasis de pasiones
inolvidables...

Tú eres poeta y sólo eso no tiene dudas.

Tienes la ternura de un poema abandonado en el
camino a la locura. Eres frágil luz de la aurora. El
cálido beso de un atardecer...

Y te deseo

Tejiendo tu risa y mi risa bajo el sol, o libando
lunas atragantados de vino, todas las noches
posibles de piel.

¡Cuántas musas más!

¡Cuántas tentaciones tuyas como para estar felices
de haber amado y querer experimentar una y otra
vez esa exquisita agonía del placer.

Sé que estoy al borde de otro abismo. Que el viento huracanado del continente, sin compasión arranca de cuajo una vez más mis incipientes raíces. Que díscolas, casquivanas de nacimiento, mis alas se extienden sin rubor al compás de un nuevo misterio y se acicalan para volar.

No puedo mirar atrás.

Cierro los ojos...

Simplemente.

Me encomiendo a los recuerdos
y me lanzo una vez más al infierno.

Esta vez

pecadores estuvimos en el templo
profanando el silencio
adorando al dios del fuego.

COMPAÑEROS DE VIAJE

El amor no es más que un viaje en el mismo tren a un lugar desconocido, en compañía de otro ser que mira por la misma ventana los mismos paisajes y siente el mismo placer que sentimos. No importa en cuantas estaciones ese compañero o compañera de viaje haya abordado o descendido del tren; ni en cual se bajará y nos dejará, o nos bajaremos y seguiremos recorriendo el mundo hasta el final del camino. Lo importante es que un día recordemos las nubes armando sueños, las gaviotas pasando raudas en sentido contrario a nuestras ilusiones; los orgasmos que jamás habíamos sentido en el cenit poético de un cuerpo amado.

Lo importante es haber vivido esos instantes.



DIALISIS DE LA RUTINA

(Una límpida mañana de agosto de 1999, en El Salvador.)

Aún los grises del invierno no desaparecen y la cotidianidad despierta las mismas percepciones de todos los días. Cepillando la sonrisa para dejar el aliento trasnochado, oloroso a flúor con menta; desprendimiento de telarañas, vaciar la vejiga infectada de cerveza rancia como fue la noche. Descarga de flatulencias acumuladas en la horizontalidad de la noche, clausura de todos los sueños de esa noche; hacer café para insensibilizar los vasos sanguíneos. Prepararme para otro día como el anterior.

Iba y venía, una vez con la cafetera al lavadero, luego a buscar el filtro, después las tazas, -¡falta la cucharilla!- grita alguien en la mesa. En el pasillo un centenar de hormigas se desayunaron una cucaracha, mientras yo iba y venía civilizando la subsistencia. Sólo las alas de la cucaracha quedaban en la improvisada mesa de mosaicos. Unas hormigas jugaban al basquetbol para bajar

la comida; otras conversaban amenas, sobre los últimos aerosoles “solomatacucarachas” y ozono que había inventado el hombre. Reían alegrándose de sus ventajas ante los insecticidas. Desde que decidieron controlar la natalidad, los hombres ya no se ocupaban de ellas. “Ahora somos más libres, tenemos tiempo para dedicarnos a la literatura y escribir con nuestras letricas como paticas de hormiga, hacer deportes, atender a nuestros maridos elefantes...” - cuchicheaban -. Una hormiga eructaba el exceso de Baigón y pensaba en los saltamontes que comían sus abuelos. “Esas verduras si eran sanas y frescas- comenzó a narrar mientras se abanicaba apacible -. No había tantos tóxicos en esa época. Recuerdo que el único padecimiento de mi abuelita fue la diabetes. Al abuelo que era muy glotón, lo metieron preso y le pusieron grillos en las patas y mi abuelo se los comió esa noche; entonces lo tiraron desde un helicóptero dentro de una vasija de miel y se ahogó. Mi abuela lo embalsamó dentro de un caramelo. Siempre las

tremendas nietecitas se metían en el armario cuando la abuela se descuidaba y se lamían a mi abuelo...”.

Pensaba en qué complicados somos para tomar un desayuno. Cuántas vueltas civilizadas para ingerir desechos y animales muertos.

Estoy lavando los trastos mientras las hormigas ya preparan su almuerzo de flores en el patio. Perfumarán su aliento para salir esta tarde a visitar el gallinero.

